

Linden Lane Magazine

Vol. 37 No.2

SUMMER / VERANO, 2018

Homenaje José Mijares



Linden Lane Magazine

lindenlanemag@aol.com
http://www.lacasaazul.org
www.lacasaazulcubana.blogspot.com



Raúl Milián: *Armonías abstractas*, 1955

Founded in March 1982 by
Heberto Padilla & Belkis Cuza Malé
Publisher and Editor: Belkis Cuza Malé
Assistant Editor: René Dayre Abella
Copyright © 2018
LINDEN LANE MAGAZINE

Una subscripción a
LINDEN LANE MAGAZINE
en los Estados Unidos:
\$70.00 para individuos,
y \$90.00 para instituciones.

ISSN 0736 - 1084
It is a publication by
Linden Lane Magazine & Press
P.O. BOX 101582
FORT WORTH, TEXAS
76185-1582

Queridos amigos:

Como siempre que les presento un nuevo número de Linden Lane Magazine, me invade la alegría y satisfacción de haber logrado escalar una montaña repleta de sueños y también de tropiezos. Ya saben lo difícil que es llevar a cabo cualquier labor intelectual en medio de un ambiente como el del exilio. Precisamente habría que leer de nuevo la obra toda de ese poeta, y ensayista que esta vez es nuestro escritor invitado, Gustavo Pérez Firmat. De sobra sabe él explicarnos el “arroz con mango” en que vivimos los artistas e intelectuales cubanos que habitan este país. Gustavo Pérez Firmat es sin duda un pensador que ha intentado definirse y de paso definirnos: un incansable hombre de letras, viviendo entre dos culturas y dos amores. Sus libros son ya clásicos y únicos y me complace que puedan acercarse a la obra y vida de este intelectual y autor de primera categoría, un orgullo para todos nosotros. Gustavo nos demuestra además que la constancia y el amor a lo que hacemos dan frutos valiosos. Un niño de once años llegado a estas tierras, llevando en su corazón la isla que lo vio nacer, es hoy un eminente profesor y un gran escritor.

Nos acompañan en este número Rita Geadá, con algunos de sus *Poemas de New England*. Linden Lane Press acaba de publicar *La voz rescatada*, que recoge toda su obra poética hasta el 2004. De Cuba llega la voz de Rafael Almanza, poeta y ensayista, quien en 2017 obtuviese el Premio Nacional de Literatura Independiente Gastón Baquero, que otorga la Fundación Neo Club Press. Carlos Manuel Taracido, por su parte, poeta, antologador y pintor, colabora con poemas de su *Rimas del alma*.

En prosa, Gabriela Díaz Gronlier, formidable narradora cubana, residente en Madrid, nos hace cavilar profundamente en lo que dicen sus cuentos breves pero demoledores.

Del escritor cubano Vladimir Hernández, residente en Barcelona, tuve conocimiento recientemente a través de una entrevista que le hiciese El País, de España. *Habana Réquiem*, una de sus novelas negras, ha sido publicada también en inglés, y es de esperarse nuevos triunfos para este cubano talentoso.

Manuel Sosa trae siempre algo nuevo y fresco a la literatura y me da gusto que puedan leerlo, pues vale la pena lo que escribe este cubano allá en Georgia. Completa la lista de colaboradores, J.A. Albertini, novelista y ensayista, donde la historia y la memoria de lo vivido nos ofrecen una visión poderosa. Albertini preside en la actualidad el Pen Club de Escritores en el Exilio.

Como homenaje al pintor cubano José Mijares, fallecido en 2004 en Miami, ciudad donde vivió desde principio de los sesenta, su obra engalana nuestras páginas. Mijares fue y es uno de los grandes de la plástica cubana y latinoamericana. Su obra toda es de una belleza e imaginación insuperables. Gracias a Ramón Cernuda, de Cernuda Art, por permitirnos la reproducción de las obras de Mijares y Milián.

Raúl Milián es el otro cubano que ilustra este número. Milián fue un pintor muy especial, silencioso, que produjo una obra esencialmente rica, aunque no en colorido, aunque sí en profundidad; flores que sin embargo, al igual que sus abstracciones, representaban sus pesadumbres y angustias y también su espíritu.

Disfruten de este número, léanlo, que es el mejor modo de dar vida a estos escritores y artistas cubanos. Ellos esperan por ustedes.

Muchas gracias y bendiciones

Belkis Cuza Malé
Directora

Gustavo PÉREZ

FIRMAT

Poema de la ceniza

*Me pides que recuerde mi casa
(ésta donde me crié): no puedo hacerlo.
Mi casa eres tú, y los niños.
Ya no presumo de otro hogar que el nuestro.*

*Si alguna vez tuve padre: ceniza.
Si alguna vez tuve madre: ceniza.
Lo que fue ombligo: ceniza.
Lo que fue matriz: ceniza.
Todo mi pasado vinculante: ceniza.
Sopla una brisa del sur y fulgura algún rescoldo:
ceniza, ceniza.
Ochocientos treintitrés millas de ceniza.
Treinta y seis años de ceniza.
Dos libros y este poema, ceniza.*

*Ceniza soy
(sin fénix).*

A mi hermano el impostor

Fuiste tanto yo, que casi no me conozco.
Fuiste el nombre y el hombre.
Fuiste mis números, todos.
Fuiste profesor y propietario
(todo lo mío fue tuyo, no es un decir).

Por ti, mi vida fue otra.
Por ti, me persiguen banqueros y telefonistas.
Por ti, tiemblo ligeramente al firmar Gustavo.

Con todo (y ha sido mucho)
¿quién soy yo para despreciarte?
Una leve permutación genética
y hubiéramos trocado papeles:
yo, el impostor; tú, el impostado.
Además -y aquí va lo importante-
nunca fuimos tan hermanos
tan carne de la misma carne
como cuando tú, con un ligero temblor,
también firmabas Gustavo.

José Mijares: Paisaje imaginario, 1955



Bilingual Blues

Soy un ajiaco de contradicciones.
I have mixed feelings about everything.
Name your tema, I'll hedge;
name your cerca, I'll straddle it
like a cubano.

I have mixed feelings about everything.
Soy un ajiaco de contradicciones.
Vexed, hexed, complexed,
hyphenated, oxygenated, illegally alienated,
psycho soy, cantando voy:

You say tomato,
I say tu madre;
You say potato,
I say Pototo.
Let's call the hole
un hueco, the thing
a cosa, and if the cosa goes into the hueco,
consider yourself en casa,
consider yourself part of the family.

Soy un ajiaco de contradicciones,
un puré de impurezas,
a little square from Rubik's Cuba
que nadie nunca acoplará.
(Cha-cha-chá.)

La lluvia

Extraño la lluvia.
Esta noche que por fin llueve a cántaros
sé que la lluvia
ciñe la casa y la protege.
(Por la lluvia volvemos a ser isla.)

Esta noche sé que el auténtico paraíso
"no fue el jardín sino el arca:
Noé con vástagos y criaturas
dormidos entre tablas:
piel con piel, boca con boca,
y el corazón contigo.

Esta noche sé que no hay mayor
bien que la intimidad
ni mayor lujo que el aislamiento.

Por eso quiero que llueva
hasta el fin del mundo,
para que nadie nunca deje mi casa.
Hijos, áncense en mí,
hay tormenta para rato.



Gustavo Pérez Firmat con su papá, La habana, circa 1956.

Matriz y margen

A Roberto Valero

Roberto: joven hermano mayor
en la poesía y en la historia:
reconozco mi déficit de acontecer.
En tus palabras hay matriz,
en las mías, margen.
En tu acento hay espesor y alarma,
en el mío, reminiscencia.

Y sin embargo reclamo un turno y una voz
en nuestra historia.
Reclamo marcar en la cola
de ese ilustre cocodrilo inerte
que nos devora en la distancia.
Reclamo la pertinencia y el mar.

También es matriz mi margen.
Mi recuerdo se espesa como tu acento.
Yo también llevo el cocodrilo a cuestras.
Y digo que sus aletazos verdes me baten
incesantemente.
Y digo que me otorgan la palabra
y el sentido.
Y digo que sin ellos no sería lo que soy
y lo que no soy:
una brisa de ansiedad y recuerdo
soplado hacia otra orilla

Gustavo Pérez Firmat: Prosa

A cualquiera se le muere un tío

A cualquiera se le muere un tío, pero este tío mío no era un tío cualquiera. Era un tío vivo y ahora ya no lo es. Era un tío padre, como deben ser los tíos, y ya no lo es. Era un tío a quien quise sin reserva. Era un tío que, tal vez, también me quiso. Huérfano de padre: peor, huérfano de tío. Sin tino, sin tío. No me fio de una vida sin ti, mi tío.

Qué lío éste el del exilio, porque nunca será un exilio. Como mi tío es ahora un ex-tío. Existió mi tío y ya no existe mi tío y sólo me queda el desafío de quererlo más en su ausencia. Esto no tiene remedio, ni siquiera alivio. Me extravió. No me soy porque no es. No me estoy porque no está. Me falto porque me falta. Me duelo porque me duele. Estoy vacío.

De todos mis tantos tíos, era mi tío el más hablador, el más inefable. Tomaba Chivas y chivaba. Acariciaba a golpes y no se guardaba. Gandío, escondía tablillas de chocolate en los bolsillos. Siempre fue tío Pedro por su casa y por la nuestra. Envejeció sin decir ni pío. Murió en Nochebuena, solo -jodío- y tuvo entierro sin velorio, misa o gentío. Quería borrarse, buscaba el olvido. Pero yo me acuerdo. Y no te borro, tío.

El quinquenio feliz

En Cuba los primeros años de la década de los setenta conforman lo que se ha llamado el Quinquenio Gris. En Miami durante la misma época disfrutábamos de un Quinquenio Feliz -un período que, como el de Cuba, se extiende mucho más allá de los cinco años del adjetivo.

El inicio del Quinquenio Gris data del 1971, cuando se celebra el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura. El Quinquenio Feliz también se puede señalar con una efeméride, festiva en vez de nefasta, que también data del 1971: la apertura del restaurante Versailles en la Calle Ocho.

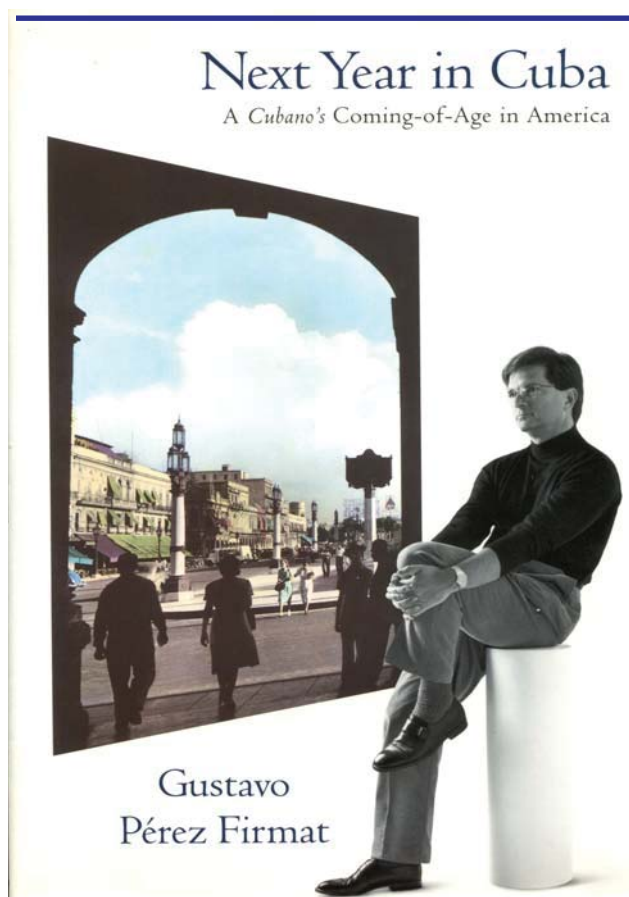
Cuando el Versailles abre sus puertas en 1971 la población cubana de Miami se acercaba al medio millón. Ya había de todo: florerías, funerarias, médicos, manicuristas, dulcerías, mueblerías, bodegas, botánicas. Los “periodiquitos” proliferaban. Entre los más leídos estaban Réplica, de Max Lesnik, Libertad, de Rolando Masferrer y Patria, fundado por Armando García Sifredo y Ernesto Montaner, cuyo lema era: “El periódico de Martí, sin Martí, pero por Martí”, También contábamos con el ecuménico Diario Las Américas, al que los cubanos le habían endilgado este slogan: “el periódico de hoy con las noticias de ayer y la fecha de mañana.” Entre las estaciones de radio, las más

populares eran la Fabulosa y la Cubanísima. La Fabulosa se anunciaba parodiando una canción de Nelson Ned: “Si las flores pudieran hablar, dirían... Fabulosa.”

La Pequeña Habana también contaba con media docena de cines que exhibían películas en español: el Tivoli, el Tower, el Trail, el Martí, el Trianón. En la Calle Ocho el teatro Las Máscaras estrenaba comedias con títulos como “No me toque el equipaje”, que aludía de manera jocosa al éxodo de la isla. Y para los cubanos con gustos más refinados, la sociedad Pro-Arte Gratelli montaba zarzuelas en el Dade County Auditorium. Los centros nocturnos más populares eran Los Violines y El Flamenco, donde se podía asistir a actuaciones de artistas como Roberto Ledesma -el Romántico Primero-, de Blanca Rosa Gil -la Muñequita que Canta- y de Los Chavales de España -que habían dejado de ser chavales hace mucho tiempo.

Para amenizar bodas y fiestas de fin de año se contrataban orquestas como Los Jóvenes del Hierro -tampoco tan jóvenes- y el Conjunto Universal, que a pesar del nombre -o quizás por él- sólo tocaba música cubana. Hasta teníamos una liga invernal de pelota. Usted es viejo, pero viejo de verdad si recuerda que el campeonato del 1975 se disputó entre los Indios de Hialeah y los Rojos de La Habana.

En Cuba durante el Quinquenio Gris las tradicionales seis provincias cubanas se dividen en catorce: una suma que resta; en Miami, durante el Quinquenio Feliz, se consolida una provincia más, la Cuba del Norte: una suma que restaura.



Destierro y destiempo

Soy quien fui, alguna vez, hace años, para siempre: un cubano de Miami, sin lengua pero deslenguado, que ha tenido la buena suerte y la mala fortuna de vivir casi toda su vida en un país libre, pero que no es el suyo, y de escribir su obra en dos idiomas, ninguno de los cuales en propiedad le pertenece. El exilio nos cambia, nos da la oportunidad o nos impone la obligación de convertirnos en otra persona, alguien que a veces no se nos parece. De ahí que, para mí, el haber hecho carrera de profesor y escritor más que un destino ha sido un desatino, una especie de falla, un accidente topográfico producido por los temblores que sacuden la isla donde nació. Soy escritor para dejar constancia que debí haber sido otra cosa. Hace años escribí un librito que titulé *Equivocaciones*. Y es que no escribo por vocación; escribo por equivocación. Meter la pata es mi condena. A decir verdad, yo nací con alma de almacenista, igual que mi padre y que mi abuelo—cuestión de libras en vez de libros, de arrobas en vez de arrobo.

Hace unos años hice una lectura de poesía en un centro para personas jubiladas cerca de Chapel Hill, el pueblo en Carolina del Norte donde vivo. Después de mi presentación se me acercó una señora para decirme que aunque no era cubana y había vivido toda su vida en el profundo sur, entendía los poemas que yo acababa de leer porque, en sus palabras, “aging is a process of exile.” O sea, envejecer es un exilio. Siempre he recordado esa frase, y con los años me he dado cuenta de que la sexagenaria Scarlett O’Hara, teñida de rubio y vestida con shorcitos para jugar tennis, tenía razón.

En su juventud, el exiliado le apuesta al tiempo. Confía en que, con el tiempo, el destierro será redimido por el regreso. De ahí el brindis tantas veces repetido: “El año que viene estamos en Cuba.” Sin embargo (y hasta con embargo), a medida que el exiliado envejece, el tiempo, antes su cómplice, se le vuelve hostil. Empezamos a perder el tiempo, por así decirlo. Empezamos a sentir una falta de sincronía entre el tiempo de nuestras vidas y el tiempo de la historia. Nuestro tiempo, en el sentido histórico, ya no coincide con nuestro tiempo, en el sentido vital. Cuando esto sucede, en vez de vivir con tiempo, a tiempo, vivimos a destiempo.

Por supuesto, esta sensación de destiempo invade a todo el que llega a viejo. En mis cursos les digo a los estudiantes que no me hablen acerca de nada que haya ocurrido en los últimos diez o quince años porque no tengo la menor idea. El presente, la contemporaneidad, a ellos les pertenece. Yo no soy contemporáneo de mis estudiantes. Si acaso, soy su destemporáneo. Compartimos la misma época pero no el mismo tiempo.

Para el exiliado, el destiempo, la destemporaneidad tiene repercusiones que van más allá del no estar al día, del proverbial despiste, ya que altera la definición misma del exilio. Envejecer en el exilio es también el envejecer del exilio. Como nosotros, el exilio tiene sus edades: su juventud, su madurez y su tercera edad. Y si hay achaques de la edad,

también hay achaques de la edad del exilio, que nos dejan marcas no tan evidentes como las canas o las arrugas, pero no por ello menos reales. Cuando el exilio dura por décadas deja de ser un estado pasajero para convertirse en una condición crónica. Crónica en ambos sentidos: una condición sujeta al tiempo y tan irreversible como el propio envejecer. Al final de la película de Andy García, *The Lost City*, el protagonista, Fico Fellove, abandona la isla. Al llegar a Nueva York le dice a un americano: “I’m only impersonating an exile. I’m still in Cuba.” Es posible que todo el que haya abandonado su país, al llegar al destierro, piense igual que Fico Fellove y niegue la realidad del exilio. Pero entonces pasan los años. Y al fin al cabo otra realidad se impone, la realidad de un exilio crónico, un exilio duro por duradero, sin fin ni finalidad. La impostura ya no es máscara; es cara. Es más, es más cara.

Cuando llegué a Miami con mis padres y mis hermanos tenía once años. Ahora tengo sesenta y cuatro. A medida que ha pasado el tiempo, el exilio ha ido acaparando una parte cada vez mayor de mi vida. Ya ocupa más de tres cuartas partes. Es como si la edad de mi exilio se fuera aproximando más y más a mi edad. A veces me parece que algún día mi exilio y yo tendremos la misma edad. Ese día, el niño que vivió en el Reparto Kohly y asistió a La Salle del Vedado habrá desaparecido por completo. Ese día, seré sólo exilio. Seré alguien que sabe que ha perdido algo pero que no sabe lo que es porque la época antes de la pérdida ya no le pertenece.

Así es como se presentan los síntomas de un exilio perdurable. No es mero juego de palabras decir que el exiliado crónico es también un exiliado anacrónico. Después de tanto tiempo, lo que ya no se tiene se confunde con lo que nunca se tuvo, y lo que fue nostalgia se siente como melancolía. Supongamos que Fico Fellove todavía vive en Nueva York. ¿Cómo se describiría a sí mismo después de medio siglo de exilio? Dudo mucho que siga diciendo que el exilio es una impostura, que él todavía está en Cuba. Creo que diría que el exilio ha calado en lo más profundo de su ser. Tanto, que

En su bautizo



ya ni siquiera es un cubano exiliado. Es un exiliado cubano. Lo sustantivo es el exilio; lo adjetivo, la nacionalidad.

No sé en qué momento arribé a lo que en inglés se llama the *point of no-return*, modismo que para el exiliado cobra un significado especial. Sé que no fue una revelación súbita. Ocurrió poco a poco, casi insensiblemente. El primer atisbo coincidió con la invasión de Playa Girón. Cuando desperté para ir al colegio la mañana del 17 de abril de 1961 mi tío y mi padre estaban en el Florida Room de nuestra casa en Miami escuchando transmisiones de onda corta, ambos convencidos de que la invasión iba a triunfar. Cuando no fue así, dejaron de hablar con tanto optimismo de un regreso inmediato a la isla. Lo mismo sucedió con la llamada crisis de los misiles. Y con los desembarcos de Alpha 66. Y con la fingida gestión de Alabau Trelles. Y con tantos otros momentos de esperanza y desengaño, booms and busts. El lema de mi padre, como el de tantos, era siempre: “Lo bueno que tiene esto es lo malo que se está poniendo.” Con el tiempo el lema se trocó en dilema: la cosa se ponía cada vez peor pero nada bueno salía de ello.

La última vez que me pareció que nuestro exilio tenía expiration date, fecha de vencimiento, fue a principios de los años 90, después de la caída del muro de Berlín. En uno de mis libros hablo de un concierto de Willy Chirino en el Dade County Auditorium que ocurrió en el verano del 1991. Chirino acababa de lanzar una canción que pronto se convirtió en himno: “Nuestro día ya viene llegando.” En ese momento nos parecía, en efecto, que el regreso era posible. Pero entonces, igual que antes, igual que siempre, empezaron a pasar los años y nuestro día no acababa de llegar. Llegaban, eso sí, más y más cubanos a las costas de la Florida.

Por esos años, además, mi familia entró en uno de esos ciclos de contracción que atribulan a todas las familias. Hay épocas cuando las familias crecen y otras épocas cuando las familias menguan. Durante nuestras primeras décadas de exilio, mi familia crecía. Los que éramos jóvenes nos casábamos y teníamos hijos. Los que ya no eran jóvenes, seguían tirando. Por esos años me parecía que nadie se moría en Miami. En los años noventa, la familia empezó a menguar. Primero los abuelos, después los tíos y las tías. Cuando mi padre falleció, hace once años, me di cuenta de que nuestro exilio era definitivo, que ya habíamos llegado al point of no return. La fecha de vencimiento nos había vencido. Si no había regreso para mi padre, tampoco podía haber regreso para mí. Orlando González Esteva tiene una frase que describe con precisión mis sentimientos de entonces: “El futuro ya pasó”. No digo que el futuro haya pasado para todos. Sólo digo que ha pasado para mí -y para gente como yo, últimos sobrevivientes del llamado “exilio histórico”.

Cuando el futuro pasa, el tiempo se vuelve destiempo, o lo que es peor, contratiempo. El año que viene no vamos a estar en Cuba. El día que venía llegando no llegó. La esperanza de la espera se dirime en la sabiduría de que ya no hay motivo para seguir esperando. Ahora cuando pienso en Cuba, oigo la voz de mi padre, que ya no existe. Lo cual no quiere decir, claro, que yo no siga siendo cubano. Descreo de la asimilación, del desexilio, del ex-exilio o del post-exilio.



Navidades, 1953, en el Reparto Kohly, La Habana



En Miami con su hermano Pepe y su amigo Carlos Gade



Navidades 1960 en Miami, con abuela y hermanos

Tampoco creo en un exilio que deviene diáspora o emigración.

No se me oculta, sin embargo, que el exilio sin fin ha cambiado mi relación con el país donde nací. Con los años Cuba ha dejado de ser un referente exterior, una entidad geográfica y jurídica, para convertirse en una especie de ficción, un fantasma. La Cuba que habito —quiero decir, la Cuba que me habita— es una presencia íntima y cordial, una posesión inconfiscable, un país que no se abandona ni se pierde.

Tampoco se me oculta que en mi relación con Cuba hay un algo, y más que un algo, de rencor. No es casualidad que en inglés destiempo es distemper, que quiere decir mal humor.

No sé si a otros exiliados crónicos les pasará lo mismo, pero en lo que se refiere a Cuba, reboto entre el apetito y el empalago. Hay épocas cuando mi mundo mental y sentimental gira alrededor de Cuba, centro de gravedad y ligereza. Pero hay otras épocas cuando rehúyo todo lo que me recuerde a Cuba. Entonces me canso de ser sombra de ese Pérez cualquiera que hace más de treinta años vive en un apartado lugar que en otro tiempo e idioma se hubiera llamado la Loma del Chaple, pero que aquí y ahora se llama Chapel Hill. En este estado de ánimo y desánimo, siempre me viene a la memoria aquel bolero de Panchito Risset, “Te odio y te quiero.”

Durante mis épocas de lesa cubanía, busco un refugio contra el ser y el seguir siendo un refugiado: un lugar lejos del mundanal ruido, de la cubana bulla. Ultimamente mi resguardo contra lo cubano, mi cura de Cuba, ha sido un pueblecito que se llama Mayberry y que está ubicado en las montañas de Carolina del Norte. Tiene 1800 habitantes, o más bien residentes, la mayoría de los cuales, aún hoy en día, nunca ha viajado más allá de los límites del pueblo, ya que las grandes carreteras que atraviesan los Estados Unidos —cuyo nombre empieza con un gemido: Ay-95, Ay-75— esas carreteras no pasan por Mayberry. Y la razón es muy sencilla: Mayberry no existe. Es un lugar ficticio, la localidad donde transcurre un programa de televisión de los años 60, The Andy Griffith Show, del cual mi esposa Mary Anne y yo somos fans. Hace unos años me dediqué a escribir un libro sobre este lugar sin límites. Quería alejarme de Cuba, imaginar una vida no dañada por el exilio. Pero aunque mi estadía en Mayberry como indocumentado, resident alien, me trajo largos ratos de sosiego y hasta de felicidad, mi ambición era irrealizable.

En uno de los episodios del programa, Barney Fife, el asistente del sheriff del pueblo, saluda a otro mayberriano diciéndole, en un español macarrónico, “Hola, amigo.” El otro le pregunta al sheriff: “Is he one of ours?”. Si me hicieran esa pregunta a mí, siempre tendría que responder que no, que no soy uno de ellos. A pesar de su afabilidad, esa gente no es mi gente. A pesar de los muchos años que he vivido en el profundo sur, ese ambiente no es mi ambiente. No existe manera de tender un puente, ni aunque fuera un gran puente, entre Mayberry y Mariano.

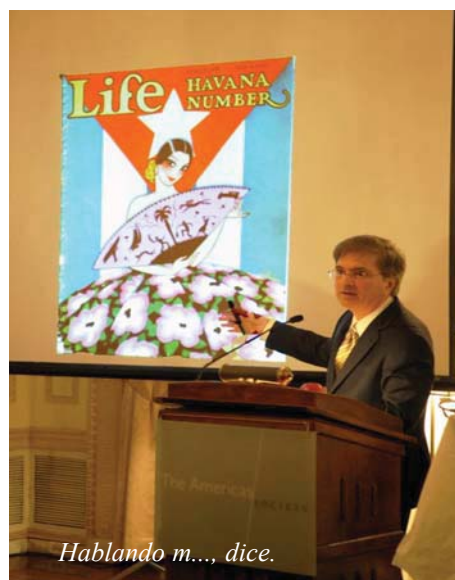
Los espejos del Versailles

Por muchos años uno de los puntos de referencia de la Cuba del Norte ha sido un restaurante llamado Versailles, situado en la esquina de la Calle Ocho y la Avenida 35, justo en el corazón de La Pequeña Habana. Lo único que el Versailles comparte con su homónimo francés son los espejos en las paredes. La gente va al Versailles no sólo para ver y ser vista, sino para multiplicarse. Tal vez por eso, cuando retiraron algunos de los espejos en 1991, se produjo un revuelo tal que la gerencia se vio obligada a ponerlos nuevamente en su lugar. Este pintoresco restaurante, mezcla de Cuban kitsch y Cuban kitchen, es un paraíso para los narcisos del exilio: Nirvana de la Pequeña Habana. Allí la cena siempre es escena; todas las prendas que quieras lucir más todas las mariquitas que puedas deglutir multiplicadas hasta la saciedad por las superficies reflectoras. Y, de contra, una camarera que te dice, “mi vida”.

Cruzando la calle está La Carreta, otro concurrido restaurante con un menú casi idéntico, pero con un mood muy distinto. Si el Versailles es visibilidad, La Carreta es discreto: no hay espejos, escasean las ventanas y la iluminación es tenue. Refugiado en un reservado, disfrutando una medianoche a media luz, el retraído parroquiano de La Carreta no es ni mirón ni mirado.

Durante muchos años he alimentado la fantasía de que los espejos del Versailles conservan la imagen de todo aquel que ha pasado por allí, como cuando apagamos el televisor y las huellas borrosas de lo que estábamos viendo quedan en la pantalla. El salón de los espejos es también la casa de los espíritus. No por casualidad el Versailles se encuentra a sólo dos cuadras del Cementerio Woodland, que guarda los restos de muchos.

De Cincuenta lecciones de exilio y desexilio



Hoy por la mañana reconfiguré mi despacho, moviendo el escritorio, el butacón, las mesitas, la lámpara. Esta tarde, cuando me siento a leer, en vez de ver los estantes de libros, casi todos en lengua inglesa, miraré hacia los árboles. Mis hijos me dicen que el butacón frente a las ventanas les recuerda un cuento donde el protagonista se sienta, despreocupado, a leer sin tino su destino en una novela. Me alegra que para ellos, también, la vida se confunda con la literatura. Según Derek Walcott, para cambiar de idioma es preciso cambiar de vida. Ensayo un procedimiento menos doloroso: mover los muebles.

Sentado en el butacón que me acompaña hace más de veinte años y que ha asistido a la escritura de un puñado de libros en inglés, empiezo a escribir, a desvivir. Me doy cuenta de que ahora lo que tengo que hacer es cambiarles de nombre a los árboles que observo por la ventana. He creído que los objetos, igual que las personas, igual que los lugares, tienen una nacionalidad. Las cosas que conforman mi entorno llevan sus nombres a cuestras y esos nombres las arraigan en un idioma. Ese roble a diez metros de mi ventana, es un oak; el empinado tronco que le hace pareja, es un pine. Tendré que arrancárselos, Adán de nuevo, para bautizarlos en español.

De ahora en adelante al entrar a mi despacho, que ya no es my study, al sentarme en el butacón, que ha dejado de ser my reading chair, y al contemplar el bosque, que nunca más llamaré the woods, tendré que mirar en español. Suelo citar una frase de Elías Canetti que leí en inglés: "A language is a place". En adelante, la citaré en español: "Una lengua es un lugar". Me suena mejor en inglés, aunque tal vez sea sólo por la costumbre. La verdadera dificultad estriba en convencerme de que la fórmula inversa es falsa: un lugar carece de lengua. Que puedo imponerle cualquier lengua a cualquier lugar, a cualquier hogar.

*

De las muchas razones que alguien puede tener para desplazarse de la lengua materna a la lengua alterna, una de las más poderosas es el rencor. Escribir en inglés es o puede ser un acto de venganza -contra los padres, contra las patrias, contra uno mismo. Siempre me ha parecido que la afición a los juegos de palabras bilingües es un síntoma de ese rencor; el pun es pulla, una pequeña detonación de terror y de tirria, una manera de blandir el hyphen como arma: que nos parta no el rayo sino la rayita.

El vilo avilanta. La ingravidez pesa. Desprovisto de ancla o sostén, el cubano con rayita se torna agrio, angry. (Nadie odia más a Cuba más yo).

En inglés se dice que la mejor defensa es una buena ofensa; pues entonces ofendamos, afirma el cubano con rayita. La audacia del enunciado bilingüe -You say tomato; I say tu madre- es un tipo de insolencia; su ligereza -An I for an ¡Ay!- es una forma de pesadez. Vil en el vilo, mordaz en el remordimiento, el cubano con rayita se lanza a triturar el español en la osterizer del inglés, y a despedazar el inglés en la batidora del español. Todo por rayar, por rayarse.

*

Un conocido verso de Pedro Salinas enuncia la alegría de vivir en los pronombres. Me pregunto si la persona

bilingüe, al repartirse entre dos familias de pronombres, redobla o divide esa alegría. El pronombre es seña de identidad: "tanto vale io como Antonio", afirma Nebrija en su Gramática, reiterando el pronombre dentro del nombre - el suyo mismo- como para subrayar la equivalencia. Tanto vale yo como Yeyo, podríamos substituir, modernizando la grafía y cubanizando el apelativo.

Supongamos, sin embargo, que el io de Nebrija fuese el pronombre de la primera persona en italiano, ¿cabría entonces seguir afirmando su identidad con el nombre propio? ¿Vale tanto yo como Yorick, je como Jerry, eu como Eugene? Si en el trasiego del nombre al pronombre variamos de idioma, ¿queda intacta la integridad del sujeto? A veces pienso que entre el yo castellano y el I inglés se abre un abismo, que al nombrarnos en una lengua u otra proyectamos o engendramos identidades diversas, tal vez incompatibles. El pronombre se convierte así en contranombre, la seña en contraseña.

No me refiero al empleo ocasional de otro idioma, que no hace mella en nuestro ser íntimo, sino a la experiencia de vivir día tras día, durante largos años, rodeados de un idioma distinto del materno, hasta tal punto que se nos hace imposible determinar cuál de los dos prima en nuestra conciencia. Si maldecimos o rezamos o sentimos gusto o angustia indistintamente en más de un idioma, fracturamos nuestra subjetividad, nuestra condición como sujetos gramaticales. El *je est un autre* de Rimbaud refleja esa escisión, pero el "yo soy tú alucinado" de Virgilio Piñera la plasma mucho mejor, porque el verbo no abandona la primera persona -que yo quisiera la única y la última persona.

El otro día antes de que llegaran los estudiantes a mi curso de literatura hispanoamericana, escribí en la pizarra: SOY SAUCE. Al empezar la clase, les pedí que tradujeran la frase. Varios contestaron que no podían; sólo una chica, peruana, aventuró una traducción: "salsa de soya," dijo. Es exactamente lo mismo que hubiera dicho yo -hasta la semana pasada, cuando al encontrarme con esta frase en la etiqueta de un pomo, inesperadamente la leí en castellano.

El idioma es un lente por el que miramos y nos vemos. Predispuestos a mirar en inglés, nuestro interior y nuestro entorno se americanizan. Plantados en español, hasta la comida china nos sabe a savia, a raíz. Sauce soy, sin río.

Con sus hijos, 2005



*Escribo a solas, sabiendo que lo que escribo no lo podrán leer ni mi esposa ni mis hijos. No obstante me siento acompañado, mucho más que cuando escribo en inglés. Se dice que recordar es volver a vivir; recordar también es volver a escribir.

Encerrado en mi renovado despacho -encerrado no, refugiado- me dedico a la búsqueda de una vida en español. Leo poemas de Dulce María Loynaz -"Soy lo que no queda ni vuelve"- y me envuelvo en memorias ajenas. Hago mía su espera, su nostalgia, la mirada al vacío. Entonces mi compromiso con este paisaje de nombres en inglés se torna accesorio, excéntrico. Esa otra vida es Dulce, es dulce. Me acompaña, me consuela, me entristece; pero no es lastre sino ala, liberación. El rencor se vence palabra por palabra. Escribir en español es un acto de reconciliación -con mi patria, con mis padres, conmigo mismo.

Salir del despacho tras un par de horas de aspirar español, de aspirar al español, es mudar de piel y de mundo. Me llegan sus rumores: platos, televisor, lavadora, retazos de conversación. Es mi familia. Son mis hijos y mi esposa. Prefiero este mundo más mío, sin más familia que ese dulce yo alterno que es hijo y hermano y madre y esposa. Regreso a mi refugio, al ocio Dulce: "Me pierdo en lo oscuro, me pierdo en lo claro."

Hoy cumplo años. Por mi cumpleaños me voy a regalar una noche. Una noche tropical, con flamboyán, una mata de mangos filipinos, arbustos de marpacífico, un banquito de piedra y una fuente. La oscuridad no siempre es noche, pero hoy sí.

*

Escribir, mal o bien, en español o en inglés, es quitarse una presión, una prisión; pero escribir sobre Cuba es otra cosa: no expresión sino impresión, no descanso sino recargo. Cuando tenía treinta y cinco años me propuse aguantar un mes entero sin nombrar a Cuba. Quería ver si así lograba olvidarme un poco de mi condición de exiliado. Sin nombre no hay país, y sin país no hay exilio.

Abstenerme de pronunciar el dulce nombre no fue difícil; lo difícil era no pensarlo. Para no pensar en Cuba, era menester no pensar en nada. Decidí estar un mes sin pensar en nada. Tampoco fue difícil. Pero entonces el problema no era dejar de pensar, sino vivir en vilo. Para poder vivir en vilo, decidí pasarme mi mes sin Cuba sembrando matas en el jardín, de manera de plantarme con cada planta, así aliviando el vacilón del vilo. Súbitamente hijo del limo, me entregué con ahínco a la tarea de enterrar a Cuba en la durísima arcilla roja de las Carolinas. Al cabo de tres semanas, cuando empezaron a retoñar las caléndulas y los crisantemos, di por terminado el exorcismo. Desde entonces no pasa día en que no digo, desterrándome y desenterrándome: ¡ay! mi Cuba.

*

Se ha hecho tarde. La noche ahora es traspasado. Miro por la ventana y no veo un solo roble, un solo pájaro, una sola estrella. Me imagino que el venado habrá regresado a su bosque. Ya cumplí, me digo, soplando las velitas mentales del cake imaginario, haciendo mi oscuridad.



Con sus padres y hermanos en Miami

Me levanto del butacón, que ha vuelto a ser reading chair, salgo de mi despacho, que ha recobrado su aspecto de study, y voy en busca de compañía. La casa está toda iluminada. Huele a sofrito y brownies. En el comedor, mis hijos, pacientes como el venado, han estado esperando que salga. Al verme llegar, cantan en coro: "¡Apio verde to you, Papi!"

Nochebuena 2016 en Chapel Hill con Mary Anne y sus hijos



El poeta, ensayista y académico **GUSTAVO PÉREZ FIRMAT** nació en La Habana, Cuba, en 1949.

Se define como nacido en Cuba, "made in the USA" y asegura que es difícil imaginar una vida al margen de la cultura norteamericana y del idioma inglés, pero a la vez, "Cuba no deja de ser mi patria, mi lugar más mío, el que más ha moldeado mis creencias y querencias".

Pérez Firmat llegó con su familia a Estados Unidos en 1960, con apenas once años, y más tarde estudió en el Miami Dade Community College, la Universidad de Miami y la Universidad de Michigan, donde recibió un Ph.D. en Literaturas Comparadas. De 1979 a 1999 enseñó en la Universidad de Duke, y en la actualidad ocupa la cátedra de Humanidades -Profesor David Feinson- en la prestigiosa Universidad de Columbia.

Ha obtenido importantes reconocimientos por su obra literaria y académica y, en 1995, fue nombrado profesor del año en la Universidad de Duke. Newsweek lo incluyó en 1997 entre los "100 americanos a los cuales no había que perder de vista en el Siglo XXI".

Pérez Firmat, un prolífico autor, ha publicado numerosos libros, ensayos y reseñas. Por lo regular, sus libros han aparecido en ambas lenguas, y con varias ediciones. Estos son algunos de los títulos: *Bilingual Blues. Poems, 1981-1994*, 1995; *El año que*

GUSTAVO PÉREZ FIRMAT:

Nuestro Escritor Invitado

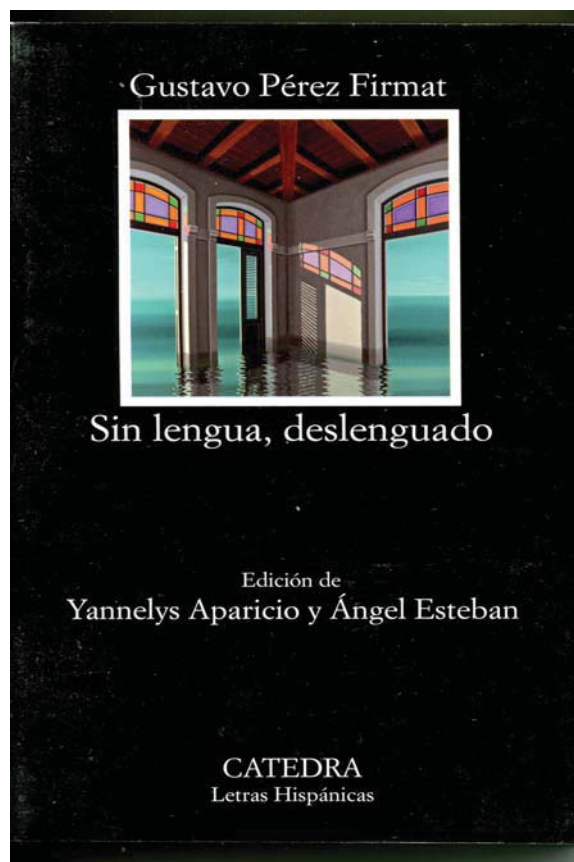


GPF en la portada de Bohemia

viene estamos en Cuba, 1997, *Cincuenta Lecciones de exilio y desexilio*, 2000; *Tongue Ties: Eroticism in Anglo-Hispanic Literature* (New Directions in Latino American Cultures), 2003; *Anything but Love*, 2011; *Life in the Hyphen: The Cuban-American Way*, 2012; *Do the Americas Have a Common Literature?*, 2012; *A Cuban in*

Mayberry: Looking Back at America's Hometown, 2014; *Vidas en vilo: La cultura cubanoamericana*, 2015; *Anuario Histórico Cubanoamericano, Vol 1*, 2017; *The Last Exile*, 2016, y el más reciente: *Sin lengua, deslenguado*, 2017.

Sin lengua, deslenguado



GUSTAVO PÉREZ FIRMAT

Gustavo Pérez Firmat nació en La Habana en 1949. Se define como "nacido en Cuba, made in the USA" y asegura que le es difícil imaginar una vida al margen de la cultura norteamericana y del idioma inglés pero, a la vez, "Cuba no deja de ser mi patria, mi lugar más mío, el que más ha moldeado mis creencias y querencias".

"Esta antología recoge poemas originalmente escritos en español o en inglés, de los que se ofrece versión bilingüe, o poemas que combinan el español con el inglés o, incluso poseen algunos detalles de *spanglish*".

CÁTEDRA. Letras Hispánicas. Madrid.

Heberto Padilla, traductor

Gustavo Pérez Firmat

*Esas son las cosas de los escritores:
del horror pasamos a la literatura, a Keats.*

Heberto Padilla

A principios de la década de los ochenta, poco después de arribar a Estados Unidos, Heberto Padilla hizo una lectura de sus poemas en Duke University. Conversando con él durante la recepción que la siguió, le mencioné que una de mis áreas de especialización en los exámenes de doctorado había sido la poesía romántica inglesa. En el acto me recitó de memoria su traducción de “The Tyger” de William Blake. No se me ha olvidado ese momento. Era evidente que Padilla se sentía orgulloso de la manera en que había logrado trasladar al castellano el famoso poema de Blake. Entonces me contó que en Cuba había publicado una antología de poetas románticos ingleses. Busqué el libro en librerías y bibliotecas pero no lo encontré. A lo largo de los años, cada vez que se me ocurría, volvía a buscarlo, pero sin éxito. De bibliófilo tengo muy poco, pero con el tiempo conseguir el libro se convirtió en una sana obsesión.

Hace unos meses, al decirme un amigo que poseía un ejemplar que trajo de Cuba, reanudé mi búsqueda. Y gracias a la magia blanca del internet por fin di con un descabalado

ejemplar en una librería de viejo en Connecticut. La condición del libro no me importaba. Lo que deseaba era poder leer la traducción de “El tigre” que Heberto me había recitado. Desde entonces la he vuelto a leer tantas veces que ahora soy yo quien la podría recitar de memoria.

De las actividades literarias de Padilla, la menos conocida es su labor como traductor. En su única novela, *En mi jardín pastan los héroes* (1981), uno de los dos protagonistas es escritor mientras que el otro es traductor. No es casualidad. Son las dos caras de su quehacer literario. Padilla practicó la traducción a lo largo de su carrera, a veces informalmente en conversaciones entre amigos o en trabajos periodísticos, a veces como parte de un proyecto de más envergadura. Políglota desde muy joven, tradujo del inglés, del francés, del alemán y del ruso. La época en que con más asiduidad ejerció como traductor, aunque no por voluntad propia, fue la difícil década de los años setenta, cuando a raíz del “caso” que lo puso en prisión y desembocó en la autocrítica, trabajó para la Editorial Arte y Literatura como “simple traductor”, la frase que usa en *La mala memoria* (1989) a propósito de Virgilio Piñera, quien trabajaba para la misma entidad. Aunque algunas nunca se publicaron, entre sus traducciones se encuentran obras de Bruno Apitz, Giorgi Karaslavov, Magnus Enzensberger, Vladimir Maiacovsky – y *Poesía romántica inglesa* (1979), que se aparta de las demás no sólo por concentrarse en autores de los siglos XVIII y XIX, sino por abarcar más de setenta

José Mijares: *Cuatro figuras*, 1950



poemas de doce poetas.

Padilla nunca ocultó su afición por la literatura en lengua inglesa. Cuenta en *La mala memoria* que durante su estadía en Nueva York en los años cincuenta, sus modelos eran Auden, T. S. Eliot y el Robert Lowell de “Life Studies”. Al recordar, en una de sus columnas para El Nuevo Herald, haber asistido a una concurrida lectura de T.S. Eliot en Columbia University, menciona que de adolescente repetía el verso inicial de *La tierra baldía*, “como quien se endroga” (“En el centenario de T.S. Eliot,” septiembre 24, 1988). Años después, uno de los poemas de *El hombre junto al mar* (1981) aludiría a su arresto y encarcelamiento parodiando a Eliot: “Entre marzo y abril está mi mes más cruel.”

Ya en *El justo tiempo humano* (1962), su primer poemario (Padilla no consideraba *Las rosas audaces*, un cuaderno que publicó a los diecisiete años, parte de su obra) hay un poema sobre Dylan Thomas y otro – tal vez el más extenso que escribió – sobre Blake, “Infancia de William Blake”. Su poemario más conocido, *Fuera del juego* (1968), incluye un poema dedicado a Archibald McLeish, a quien Padilla había conocido en Nueva York, y otro en el que hace un guiño a “Musée des Beaux Arts” de Auden: “Los viejos poetas, los viejos maestros.” En “Postcard to USA,” de *Provocaciones* (1973), le escribe a su madre que le guarde los grabados de Blake y el libro donde leía los “epitafios y epigramas” de Robert Burns. En *El hombre junto al mar* aparece “Los últimos recuerdos de Sir Walter Raleigh en la torre de Londres,” así como “Wellington contempla en su jardín un retrato de Byron,” dos poemas que se constituyen

Heberto Padilla



total o parcialmente, como monólogos dramáticos, un género popularizado por Robert Browning. El último poemario de Padilla, *A Fountain, A House of Stone* (1991), contendrá otro poema centrado en un poeta de lengua inglesa, “Recuerdo de Wallace Stevens en la Florida.”

De aquí que, según apunta en uno de los poemas de *Fuera del juego*, sus amigos le reprocharan que su cultura era “inglesa.” Su apego a la poesía en lengua inglesa no era, sin embargo, caprichoso. Como explicó en múltiples ocasiones, le servía de antídoto contra los excesos de la poesía española, afligida por el vicio del gongorismo. En “La aparición de Góngora,” otro de los poemas de *El hombre junto al mar*, le reprocha al poeta cordobés el daño que le ha hecho a los poemas que él, Padilla, escribe:

Yo no tengo parientes en Córdoba o Madrid
Mis poemas ni siquiera están juntos
A veces los restringo para que centelleen
pero siguen trabados en tu lengua
siempre cubiertos por tu polvareda.

La manera de desempolvar, de destrabar su escritura era frecuentar poetas como Auden y Lowell, quienes le mostraban el camino hacia una poesía que fuera, como dice en *Fuera del juego*, más directa que un objeto. No es raro entonces que un poeta tan marcado por la poesía inglesa y norteamericana se interesara en traducirla. Pero sí llama la atención que su proyecto más ambicioso como traductor versara sobre poetas cuya manera de entender la poesía, por mucho que se aparte del gongorismo, distaba de la suya.

No hay duda de que los años que van desde la aparición de *Songs of Innocence* en 1789 hasta la muerte de Byron en 1824 representan una de las cumbres de la poesía europea. Asimismo, su continuada vigencia demuestra su afinidad con la sensibilidad de nuestro tiempo. No obstante, difícilmente podría demostrarse la raigambre romántica de la poesía de Padilla. En la poesía romántica hay zonas de sencillez, por supuesto. En el prefacio a la segunda edición de *Lyrical Ballads* (1800), Wordsworth explica que se ha propuesto descartar la artificialidad de la dicción neoclásica en favor del “verdadero lenguaje de los hombres.” Pero a dos siglos de distancia el registro lingüístico de los poemas de *Lyrical Ballads*, aún los menos elaborados, tiene poco que ver con el coloquialismo de Padilla. Y la austeridad que Padilla atribuye a la literatura inglesa difícilmente podría predicarse de las odas de Keats o de los extensos poemas narrativos de Byron. Por otra parte, el culto a la naturaleza de poetas como Keats y Wordsworth tiene pocos ecos en la obra de Padilla, que siempre fue un poeta urbano, alguien que se movía entre ciudades y no entre mares y montañas.

Otros rasgos del romanticismo – el helenismo, el medievalismo, el trascendentalismo, el gusto por lo monumental, el uso de lo que Ruskin llamó “la falacia patética” – tampoco aparecen en la obra de Padilla. El concepto del poeta como visionario, tan caro a Blake y a Shelley, está reñido con el escepticismo de Padilla, para quien el poeta, en vez de afirmar, cuestiona, cavila, encuentra siempre algo

que objetar. Mucha más afinidad existe entre los libros proféticos de Blake y la poesía de Lezama Lima, cuyos poemas Padilla criticó por su hermetismo, que entre Blake y Padilla. Si Shelley en su defensa de la poesía (*A Defense of Poetry*, 1921) le otorga a los poetas el papel de “ignorados legisladores del mundo,” Padilla los sitúa al margen, desde donde observan el decurso implacable de la historia.

De aquí que traducir la poesía romántica inglesa haya representado un desafío singular para Padilla. Además del número y la diversidad de los poemas, tuvo que superar la dificultad de emplear un lenguaje y ocuparse de temas que le eran extraños. Padilla era consciente del reto que tenía delante. En otra de sus colaboraciones para *El Nuevo Herald* (“El vaticinio de la posteridad”, febrero 8, 1986), describe así la génesis de uno de los poemas del libro:

“Hace algunos años, obligado por mi trabajo en una editorial cubana a traducir una antología de poesía romántica inglesa, tuve que asumir el reto de poner en castellano la inmortal “Elegy Written in a Country Church Yard”. es decir, “Elegía escrita en un cementerio de campo”. La pensé tantas veces, me acerqué a ella de tantas formas, me invadió con tal fuerza que estuve semanas y semanas sin poder apresarla. Aquel texto me sobrecogía con sus más de doscientos años de haber sido escrito. Era una forma, un vigor, un equilibrio conquistado a fuerza de severo ejercicio intelectual. Hasta que una noche de invierno tropical decidí que yo sería el intermediario entre aquel gran poeta inglés y mi lengua”.

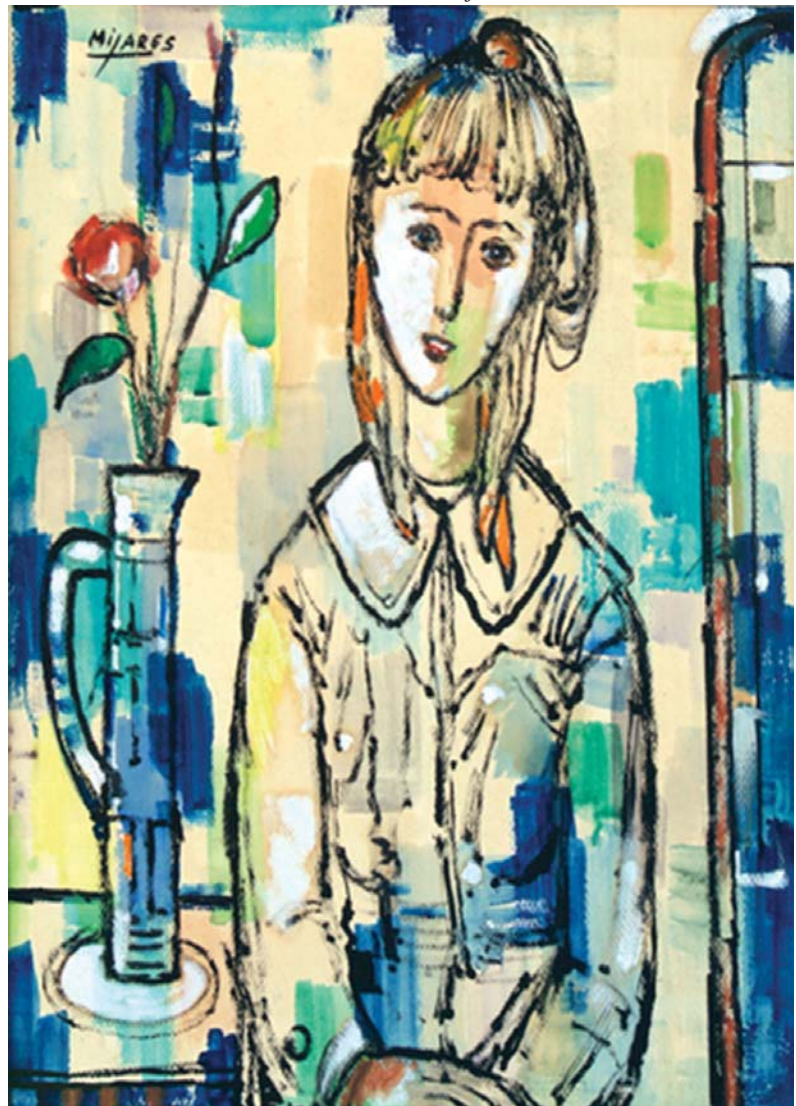
Pero la antología, además de un reto, fue también una oportunidad. La oportunidad de ser otro poeta, de escribir poemas ajenos, en los dos sentidos: de otros poetas y distintos de los suyos. Si Padilla actuó de intermediario entre Gray y la lengua española, Gray y los demás poetas en la antología actuaron de intermediarios entre Padilla y otro modo de acercarse a la poesía. Lo cual quiere decir que es en *Poesía romántica inglesa* donde Padilla está verdaderamente “fuera del juego,” aislado del acontecer personal y político que le tocó vivir. Padilla era demasiado inteligente para no darse cuenta de que al escribir los poemas de *Fuera del juego* no hacía más que entrar en el juego de otra manera, como lo demuestra la triste secuela de sucesos en que desembocó la publicación del libro. El que está de veras fuera del juego no lo proclama. Sencillamente hace otra cosa. Esa otra cosa es *Poesía romántica inglesa*. Lo cual no impide, desde luego, que algunos de los textos en la antología – como “El tejón” de John Clare, por ejemplo – reflejen la precaria situación de Padilla durante esos años.

Dada la mínima difusión del libro, *Poesía romántica inglesa* ha dejado pocas huellas en la literatura cubana. Existe una notable excepción: *Boarding Home* (1987) de Guillermo Rosales,

a quien Padilla le dedicó un conmovedor tributo póstumo en las páginas de *El Nuevo Herald* (“Las consecuencias de la soledad”. 10 de julio, 1993). La novela, una de las más significativas producidas por el exilio cubano, está narrada en primera persona por William Figueras. Abandonado por sus familiares, quienes no pueden o quieren lidiar con un “loco,” William vive con otros enfermos mentales en un sórdido asilo de la Pequeña Habana. A pesar de su nombre, el “boarding home” es todo, menos hogareño. Los empleados golpean a los residentes, abusan de ellos, les roban el dinero y las pertenencias. William, quien oscila entre accesos de locura y episodios de lucidez, se enamora de Francis, una joven recién llegada al home. Hacen planes para escapar, pero el intento fracasa cuando los familiares de la joven la sacan del asilo. Al final de la novela William, quien ha adquirido los hábitos sádicos de los empleados, azota con un cinturón a otro de los enfermos.

Si William sólo se dedicara a describir el pequeño infierno del asilo, es posible que la novela resultara tan opresiva como el propio asilo. Pero la narración contiene un resquicio, una apertura por la cual William puede asomarse

José Mijares: *Joven en Interior*, 1946



y respirar. Se trata de un libro que William trae consigo al asilo. Ese libro es *Poesía romántica inglesa*. Aunque William no puede huir, la lectura del libro le permite evadirse. A lo largo de la novela se intercalan citas de varios poemas, todos en las versiones de Padilla: “La rima del viejo marinero” (Coleridge), “El día que cumplí treinta y seis años” (Byron), “La víspera de Santa Inés” (Keats), “Escrito en el manicomio del condado de Northampton” (John Clare) y “El cordero” y los “Proverbios del infierno” de Blake. Algunos de los poemas, como el de Clare, glosan la situación de William. Pero otros lo trasladan otro lugar, a un refugio más allá del asilo, al introducir en el libro un registro afectivo que contrasta con la descarnada prosa de la narración. William oye voces. En las citas de la antología también oye voces, pero son voces que hacen la ordalía más inteligible y llevadera.

Padilla realizó las traducciones de *Poesía romántica inglesa* en otro tipo de reclusión: un largo confinamiento domiciliario, casi diez años de privaciones materiales y humanas. En la misma columna de El Nuevo Herald donde comenta la “Elegía” de Gray, señala que las traducciones fueron “producto de la desesperación”. Producto, sí, pero tal vez, a la vez, paliativo: del horror a la literatura, a Keats. Me imagino a Heberto en el apartamento en Marianao que compartía con su esposa y su hijo. Allí, visitado por los pocos amigos que se atrevían y vigilado por los enemigos fieles de la Seguridad de Estado, se entrega a la tarea de verter al español poemas que nada tienen que ver con su maldita circunstancia, que le permiten emigrar, aunque transitoriamente, a otro mundo, en el cual podía ejercer una libertad de expresión que la dictadura castrista vedaba. Si uno de los momentos más firmes de la poesía de Padilla es *Fuera del juego*, otro es *Poesía romántica inglesa*.

El libro se publicó en septiembre de 1979, pocos meses antes de la salida de Padilla de Cuba. La introducción y selección de poemas estuvo a cargo de María Eugenia Rodríguez. La introducción, que consta de casi treinta páginas, esboza la esperada interpretación marxista del romanticismo inglés: una “revolución literaria” que responde a la crisis del sistema capitalista. Para entonces los estudios del romanticismo ya contaban con aportaciones de figuras como Arthur O. Lovejoy, René Wellek, M. H. Abrams, Harold Bloom y Geoffrey Hartman, entre otros, pero Rodríguez parece desconocerlos. En su lugar figuran Christopher Caudwell y Mirta Aguirre. Dada la decretada invisibilidad de Padilla, Rodríguez en ningún momento menciona su nombre ni alude a las traducciones. El nombre del traductor aparece sólo en la contraportada, en letras pequeñas, junto al de la diseñadora y al del encargado de la edición. La selección de poemas, aunque ofrece una muestra representativa de los principales poetas románticos, también refleja la postura ideológica de la editora. Incluye “La canción

de la camisa” de Thomas Hood, un poeta muy menor, sobre las miserables condiciones de trabajo de una costurera, y “La canción de los de abajo” de Ernest Jones, de ninguna importancia como poeta pero conocido por su actividades políticas en favor de “los de abajo.”

Poesía romántica inglesa no agota, por cierto, las traducciones de poesía realizadas por Padilla. También tradujo poemarios de Saint-John Perse, René Depestre, Yevgueni Yevtushenko, Hans Magnus Enzensberger y Vladimir Maiacovski. Pero no creo que ninguno de estos haya supuesto tan intensa labor de creación y recreación como *Poesía romántica inglesa*. La traducción de una novela es siempre otra novela, mala o buena según el caso, mas la traducción de un poema no siempre es poesía. Padilla podría haberse limitado a hacer un versión literal del significado de los poemas sin preocuparse por la forma. Y así lo hizo en muchos casos. Pero en el volumen también se encuentran textos en los que Padilla se propuso algo más difícil: elaborar versiones que se correspondan con el original en forma y fondo.

Son dos conceptos distintos de la tarea del traductor. En el caso del primer grupo de traducciones, se trata esencialmente de prosificaciones que respetan las pausas versales. Padilla funge como traductor, su ocupación en el Instituto del Libro. En el otro, al traductor se suma el poeta, que trabaja con igual aplicación sobre contenido y continente. A veces Padilla reproduce el patrón de rima del dechado, como en “El tigre” de Blake; otras veces desecha la rima pero adopta (más bien, adapta) la forma estrófica, como en “A una alondra” de Keats; y otras más traduce el poema acudiendo a un modelo métrico propio de la poesía en lengua española, como en “La segadora solitaria” de Wordsworth, donde la “balada” de Wordsworth se recrea en octosílabos cercanos al romance. No deja de impresionar la soltura con que un poeta que practicó el verso libre casi exclusivamente traslada al español versos con rima y medida.

La modesta selección que sigue – una cuarta parte de los poemas en la edición cubana – incluye algunas de las traducciones que muestran la colaboración entre el ingenio del traductor y el talento del poeta. De ellas podría decirse lo que el propio Padilla, en *La mala memoria*, señala a propósito de las versiones de poetas americanos realizadas por Eugenio Florit: “traducciones espléndidas de esas que pueden disfrutarse como obras en nuestra lengua.

NOTA. Está en proceso de edición por Linden Lane Press la antología *Poesía romántica inglesa*, con las traducciones de Heberto Padilla, realizadas entre 1978-79 en La Habana. Gustavo Pérez Firmat es el editor del libro y el texto que publicamos aquí es la **Introducción** que ha escrito especialmente para esta antología, una muestra más del talento, también como traductor, de Heberto Padilla.

Raúl Milián



Rita GEADA

Martha's Vineyard

Bebiéndonos la costa, vamos
aspirando la brisa, viento ya casi helado,
de esta sinuosa isla junto a Cape Cod,
graciosamente bautizada
"El viñedo de Martha".

Los líquidos brazos del mar de New England
penetran en la costa, y sus ávidos dedos,
como de ágiles y amantes manos
sobre deseado cuerpo,
sus orillas exploran,
su espacio de tesoro entreabierto
en jardín de delicias
convirtiéndolo.

Las deseantes manos del océano
en la grácil y apacible costa juegan,
zigzaguean, acarician su textura
extrayéndole aromas,
extrayéndole
la íntima música que se desprende
de los cuerpos cuando enamorados
se entregan.

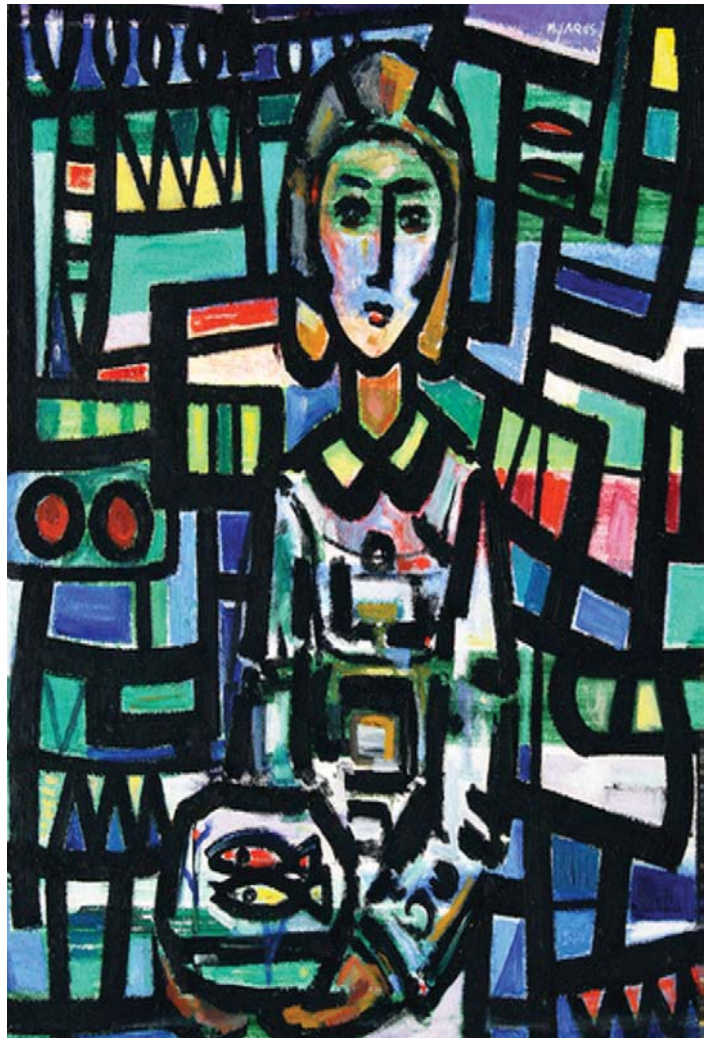
La primavera

La primavera se anuncia
en el amarillo de las forcintias,
en las notas musicales
que se desprenden de cada rama
y a la mañana nos despiertan.

La primavera se enciende
en el prodigio de cada flor y color tierno
animados por el soplo de los gnomos laboriosos.
Se esparce en el polen del amor
y en la frescura del aire
que, temblando, respiramos.

Deleite de abrazar los espacios abiertos.
Pasaporte a la libertad del verano.
Primavera ¡tantas veces esperada!

José Mijares: Muchacha con pecera, 1950



Celebrando la nieve

Celebremos la nieve
en el rito del té
saboreando palabras.

Celebremos la noche
y sus duendes blancos
danzando frente al ventanal.

Celebremos el júbilo
de la nieve esta noche
y brindemos con té
por el sol de mañana.

Otra vez otoño en New England

La luz del amarillo y de los ocres
junto al fuego de los vinos esplende.
Los colores me asedian,
me abrazan traspasando los cristales.
Festegan mi llegada cuando aún
los árboles no lloran sus despojos.

Inusitadamente a Nueva Inglaterra he regresado
con el inquieto mar aún en las retinas,
tras el Congreso en Rutgers y días en Manhattan.
El dilatado azul y las palmeras floridananas
pronto cederán a esta fiesta de colores
cuando ya es otoño en New England.

¡Qué imprevisto gozo, que vértigo me lleva
sobre alfombras rumorosas que a mi paso
anuncian ya futuras nostalgias de las ramas!

El verdor de los pinos tímido se asoma
para instalar luego firme su invernal presencia
cuando las doradas hojas cedan
al despiadado viento de noviembre.

¿Lloraremos luego tras la alegría de esta
eclosión de colores y sus efluvios?
Como en la vida misma, tesoro de contrastes,
¿qué tristeza honda, qué fatal desencanto
apagarán el júbilo que ahora
por los aires se esparce?

Tren Grand Central-New Haven

Hoy vuelvo a este trayecto
tantas veces recorrido.
Las oscuras rocas abriendo caminos al tren.
Hoy el cielo se derrama en lágrimas
hasta mi corazón.
Se oyen quejas de cansados andenes,
de plantas llovidas y bosques gimientes
saludándome al paso.

Los recuerdos desfilan tristes o felices,
los que han dejado huellas.
Atrás queda Manhattan con su brillo,
ciudad tantas veces disfrutada.
Manhattan en mis ojos, museos, galerías,
sus calles y su prisa. Vivencias compartidas.

Inviernos, primaveras, otoños memorables,
bajo cielos cambiantes así como en el alma.
Cielos claros o plomizos como este de ahora
en que viajo conmigo
de New York a Connecticut.

José Mijares: Puerto cubano, 1950



Hacia Stony Creek

*A Marta, a Antonio, y a Derek,
que me acompañaban*

Hacia Stony Creek un árbol nos detuvo.
Había fiesta en los bosques celebrando el otoño.
Un árbol sonriente, alegre de colores,
cruzando con las nuestras
la mirada radiante de sus hojas,
nos capturó en su aura, en sus hechizos,
y hacia él deteniéndonos volvimos.

Había oro en la tarde y esplendor de foresta
cantando con sus bronces, sus verdes y amarillos.
Imantados los cuatro en sus fulgores
y en la música de cálidos espejos
su soledad crecida percibimos,
su vocación hacia lo Abierto.

Crecíanle los brazos a aquel árbol,
crecíanle las manos y los dedos.
Entraba en nuestros ojos, prendado nos vivía.

Árbol por el camino con follaje de octubre
desprendiendo tus encantos seducías,
tu hermosura allí nos retenía.
Con encendidos dedos nos ganabas
y en tu aura de amor nos abrazabas.

RITA GEADA (Pinar del Río, Cuba). Tras su primer libro en La Habana, 1959, desarrolla su obra ya afuera. Sale en 1961, para investigaciones literarias postdoctorales, a la Universidad de Buenos Aires tras graduarse en la de La Habana. Se traslada a los Estados Unidos en 1963 dedicándose a la docencia. Incluida, desde temprano en destacadas antologías poéticas ha colaborado en numerosas revistas de América y de Europa. También con ensayos de crítica literaria, relatos y con poemas suyos, traducidos a otras lenguas. Obtuvo la beca "Cintas" de creación literaria y dos de sus libros primeros premios internacionales en España: el "Carabela de Oro" por *Mascarada*, y el "Luís Santamarina-Cieza" por *Espejo de la Tierra*. Es Profesora Emérita de Southern Connecticut State University. Reside en Miami Beach.

Linden Lane Press, acaba de publicar *La voz rescatada*, que reúne su producción poética, publicada hasta la fecha, así como valoraciones críticas y bibliografía. Rita Geada es considerada una de las iniciadoras más representativas de la poesía cubana del exilio. Estos poemas pertenecen a su libro *Poemas de New England*. Connecticut (1996).

Linden Lane Press
/ Colección Poesía

Rita Geada
**La voz
Rescatada**
Obra Poética
(1959-2004)

A la venta en Amazon

Rita Geada

**LA VOZ
RESCATADA**

Obra poética
(1959 - 2004)



Linden Lane Press / Colección Poesía

Rafael ALMANZA

No pudiera mirarte hasta el fondo.
No resistimos la realidad, no nos atrevemos con el sueño
Ni con el mal ni con el bien.
Nuestra asombrosa nulidad nos pesa
Como una tarea que nos sobrepasa
Como un enigma que nos envilece
Como una afrenta que seguimos sufriendo
Como una ciencia que ninguno va a ejercer.
No tenemos con qué, aunque finjamos
Propósitos o hazañas obedecidas,
Ser o no ser algo, aquello que nos arrebatara
En la ilusión de juventud.
Te miro
Y no es el rostro de Dios, es solo el tuyo
Pero es el rostro que no acierto al mirar.

Tan ciego como soy, yo miro.
Advierto lo que está y aún es, mi alma anota
El ser del estar, el mirar cegado
Solo voluntariamente, por la incuria de conversar
Al ángel descomunal de Dios.
Él te observa, cuidadoso.
A ti se te caen los párpados, no sueñas.
Tú ves borroso pero por sus lentes, él repasa
Risueño sus seis alas estruendosas, te cubre
Con una fantasía que no te avergüence demasiado
De tu ceguera natural.
No quites tus ojos de mi rostro, o prívame
De estos míos, inútiles para ver
Mi eternidad aquí.



José Mijares: Joven, 1980

¡Intensidad de ser, te he conocido!
Un roce en un paseo, una apertura
Súbita a la dimensión de ardor,
Irresistible, destinándome.

Se van desvaneciendo
Como memoria inverosímil o leyenda
De una civilización en cualquier astro,
Aquellas borracheras vespertinas
De la fe de ser amante:

Solo queda
La muerte como extremo licor.

Estalla la supernova, y ese crujido
No interrumpe la siesta del Señor.
El gorrión afirma que él no ha oído nada.
Yo tampoco, en verdad: aunque soy sordo.
Ningún rayo sobre el júcaro. Ya amanece.

Pero la supernova ha estallado, y ese desperdicio de energía
No encenderá nuestra cocina hoy.

Tu vida paralela, la que era tuya por designio del bien,
¿De veras la perdiste? Tu ignorancia, tu estupidez, tu flojera
¿Son una propiedad personal o la heredaste del mundo?
Admitiste que te perjudicaran, tú mismo has sido daño para otros,
Elegiste lo mejor pero no alcanzaste a ser fiel.
Hiciste algún esfuerzo para que mejorara el mundo
Y el mal del mundo ha estropeado tu inocencia de amor.
El mundo va empeorando normalmente, tú te enfías por regla,
Y la Edad de Oro está segura para los elegidos por venir.
No te laments más, no intentes remendar el universo.
Si hubieras vivido, sin remedio mueres.
Si mueres un Viernes, vivirás en serio.

¿Soy real?
Si al menos pudiera no ser siendo
Sabría si he sido.
He de ser o ya fui, pero es palmario
Que ser o no ser no me concierne,
Ni en el diseño ni en el plan
Ni en el olvido ni en el hoy
Ni en la memoria ni en el uso.
Confieso que estoy aquí, supongo que yo sea
Algo en Dios, pero obedezco
A la ley de estar sin ser
De sospecharme o rebajarme sin bochorno,
Pues hay una cierta gracia en mi despiste
Precisamente por ignorar, si insisto.

RAFAEL ALMANZA (Camagüey, Cuba, 1957)..Poeta, narrador, ensayista, crítico de arte y literatura, editor, promotor cultural, periodista independiente. Maestro.Coordinador General de Ediciones Homagno. Fundador en 1995 y organizador de la Peña del Júcaro Martiano. Premio Nacional de Literatura Independiente Gastón Baquero 2017.

Ha publicado:*En torno al pensamiento económico de José Martí*, Ciencias Sociales, La Habana 1990; *El octavo día*, cuentos, Oriente, Santiago de Cuba, 1998; *Hombre y tecnología en José Martí*, Oriente, Santiago de Cuba, 2001; *Libro de Jóveno*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2003; *Vida del padre Olallo*, Barcelona, 2005; *Los hechos del Apóstol*, Vitral, Pinar del Río, 2005; *El gran camino de la vida*, poesía, Editorial Homagno, Miami, 2005; *Eliseo DiEgo: el juEgo de DiEs?*, ensayo, Letras cubanas, La Habana, 2008. Colaborador de publicaciones cubanas y extranjeras. Reside en Cuba.

La Fundación APOGEO es una organización sin ánimo de lucro para el arte público, multimedia y multicultural.

FUNDACIÓN
APOGEO
ARTE PÚBLICO GLOBAL



Misión. Promover una mayor presencia del arte en los espacios públicos y en la vida social de las ciudades.

Actividades.
Talleres de pintura al fresco para niños, jóvenes, artistas plásticos y personas de la tercera edad.
Exposiciones. Promoción de libros y autores.
Crítica literaria, artística y teatral, incluida la danza y el ballet.

Dirección postal:
22121 SW 124^a Ave,
Miami, FL. 33170.
Teléfono: 786 390 5855

Carlos Manuel

TARACIDO

HELECHOS

Brotan a flor de tierra
y mueven sus ramas pequeñas
como rayos que parten
del centro del sol;
son verdes, muy verdes,
verdes como la vida.
Son helechos
que crecen robustos
en la húmeda sombra
de una selva tropical.
¡Ah! quién, como los helechos
tocar pudiera
las gotas frescas del árbol de sombra.

PASARON LAS HORAS

Cuando las horas pasaron
se vieron las olas del tiempo
sin muchos recuerdos del alma

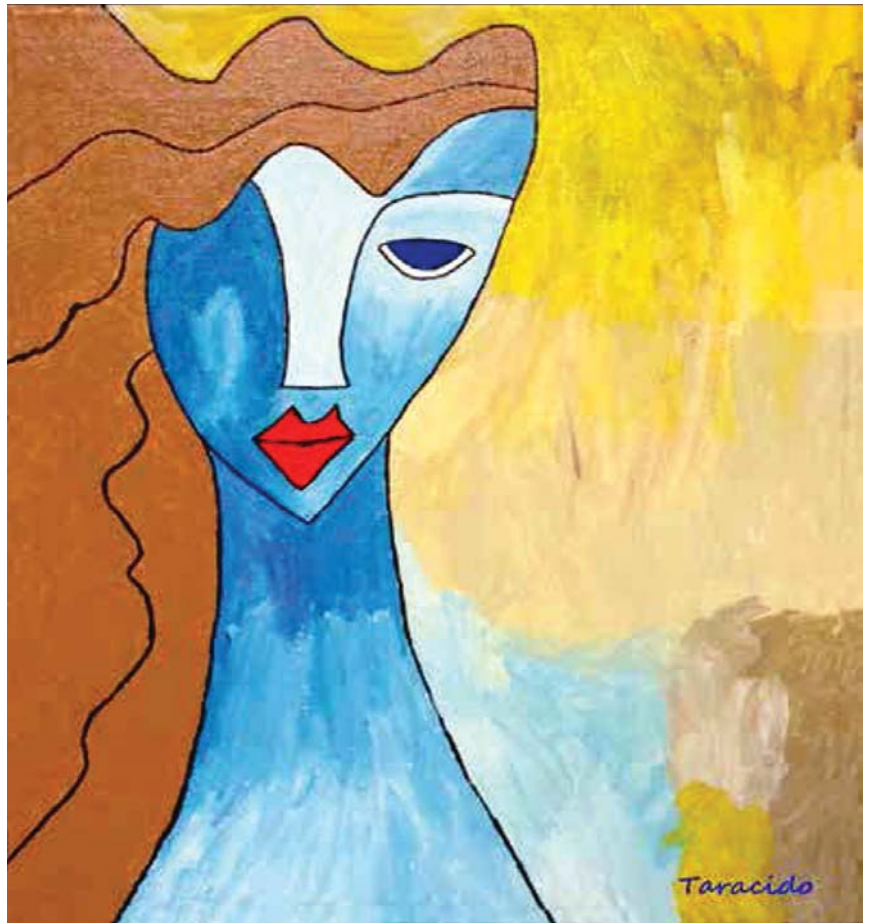
Se vieron los astros sin miedo,
como se ven las flores de un río.

Sin rumbo pasó una tiñosa
y de pronto
sentí las tinieblas de un pueblo.

OBSERVANDO EL MUNDO

Sentado a la ventana,
observando el mundo,
un viento fresco flota
acariciándome
por sólo un momento,
mientras nubes corren por el cielo
creando locas formas
en mi mente

Carlos Manuel Taracido: Damisela encantadora



PALMAS

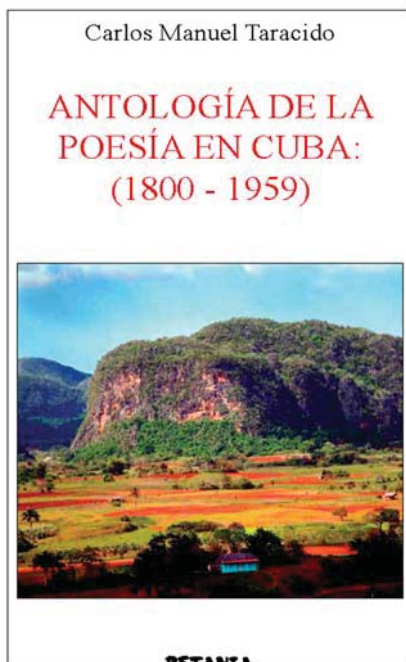
Palmas...
Palmares al viento
palmas verdes del alma
palmas del sol y de la patria mía
palmas que miran al cielo profundo
y lo halagan con su presencia.
Palmas
que terminan en majestuosa punta
donde la naturaleza descarga
la fuerza del rayo y el trueno.
Palmas de mi alma
verdes palmas
palmas del sol y de la patria mía...
en mi eterna soledad
te canto.

TE EXTRAÑO

Se que pronto oiré tu voz, pero...
te extraño
como se extrañan
las hojas de los árboles
cuando el invierno
lo cubre todo
con su manto blanco .

CARLOS MANUEL TARACIDO (Güines, La Habana, 1943). Poeta y escritor, ha sido profesor universitario de Literatura y Lengua española. Desde 1976 reside en Miami. Autor del poemario *Poemas de mi fantasía* (1971), del libro *Esquema de prosodia española* (1971), una rápida introducción a la versificación española tradicional, y de la *Antología de la poesía en Cuba: 1800-1959* (2016). Estos poemas pertenecen a su libro más reciente: *Rimas del alma*, publicado por Editorial Betanía, Madrid (2017).

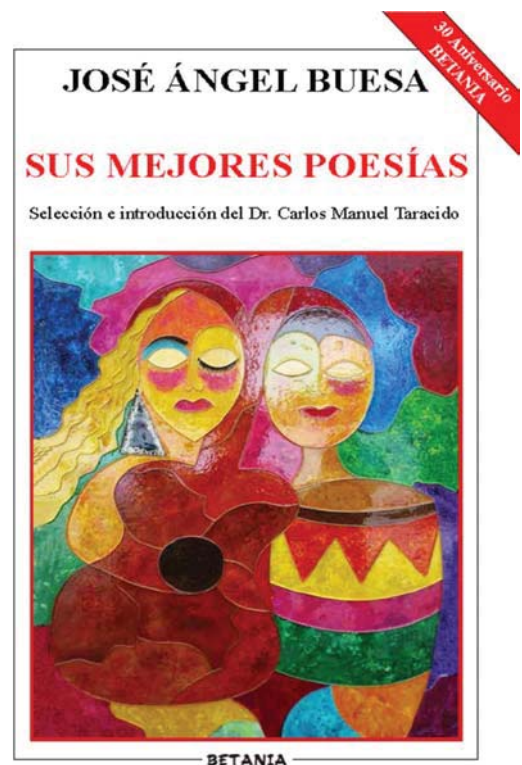
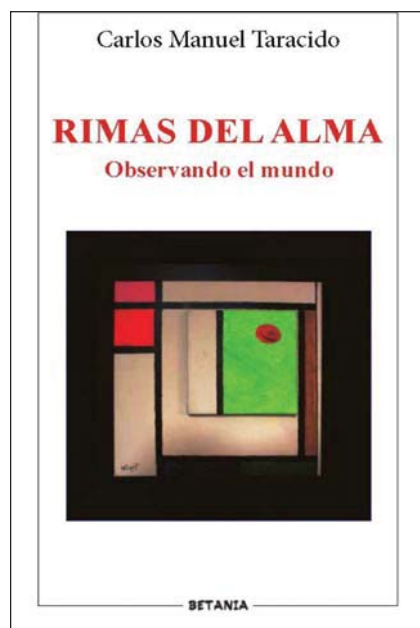
Carlos Manuel Taracido: **José Ángel Buesa**, *Antología de la poesía cubana (1800-1959)* y las *Rimas del Alma*, del autor.



¡Imprescindibles
en su biblioteca!

Para adquirir ejemplares
solicítelos directamente a su autor en
su correo electrónico:

taracido@msn.com



\$15.95 cada libro

Gabriela **DÍAZ**

GRONLIER

CASA LINARES

*“Me parece que el secreto de la vida
| consiste simplemente en aceptarla tal cual es”.*

San Juan de la Cruz

-¿Café manchado, expreso, expreso
doble, largo, con leche,
americano...? ¿Cuál es el
gusto del señor hoy?

-No pregunte, ya lo
sabe. Déjese de lata.

Mariano está de
malhumor. Aquello que tanto
le ha preocupado, y en lo que
ha invertido gran parte de su
capital, le ha dado un gran
disgusto esta mañana.

-Caballero, aquí tiene -
el mozo deja en la mesa un
café negro, muy negro, sin
azúcar y servido en un vaso
estrecho.

-Tráigame otro y la
cuenta.

“¡Qué asco de vida!”,
piensa al salir a la calle.
Mariano tira la colilla del
cigarrillo al suelo, la pisa y
escupe sobre un parterre.

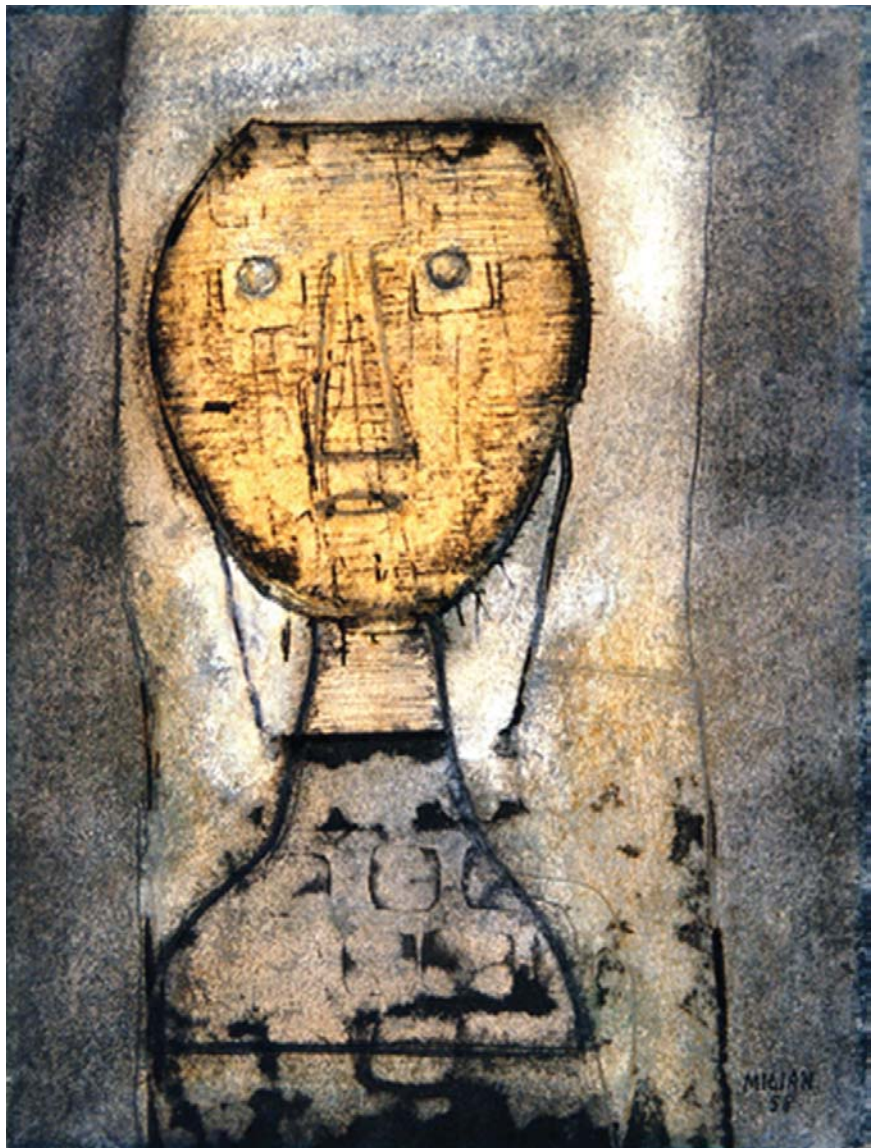
Esta mañana, Mariano
por poco se cae muerto ante el
espejo del baño. Un grito mudo
a punto estuvo de reventarlo
por dentro. Tiempo atrás, un
especialista le había
diagnosticado un problema
hereditario, pero una serie de
costosos tratamientos habían

conseguido frenar su avance... hasta hoy.

El sol comienza a incendiar el
pavimento. Mariano camina con prisa, quiere
llegar cuanto antes a la consulta de la mayor
eminencia en el asunto que lo atormenta. Está
exasperado.

Mariano atraviesa el parque del

Raúl Milián: Rostro



Ayuntamiento y se introduce en el portal de un emblemático edificio de la ciudad. Coge el ascensor y sube a la tercera planta. Allí, al final del pasillo, encuentra la placa con el nombre que busca. Toca el timbre. Espera. Escucha un taconeo. Una mujer gruesa abre la puerta.

Mariano, sin esperar invitación alguna, entra.

-Necesito ver al doctor.

-¿Tiene cita para hoy?

-No, no tengo cita. Pero necesito que me atienda ahora.

-Es que sin cita no... -Mariano echa a un lado a la mujer y, atravesando la salita de espera, abre la puerta de la consulta. Allí, sentado frente a su escritorio, está el especialista del que todos hablan.

-Buenas tardes, doctor. No tengo cita, pero lo necesito -la asistenta, alterada, se asoma por si el médico la necesita, pero este le hace un gesto con la mano para que salga.

-Siéntese y cuénteme qué es eso tan importante que no puede esperar.

-Yo, yo estoy ¡desesperado! -Mariano gesticula, está a punto de llorar.

-Bien, tranquilícese. ¿Quiere un vaso con agua?

-No, gracias. Es que...

-Entonces, por favor, empiece usted por el principio.

-¿Por el principio? ¿Pero no es usted el afamado médico que sale todas las tardes en televisión? ¡Míreme, por Dios!

-Cálmese, se lo pido -suplica el médico-. Al menos cuénteme si ha tenido algún tratamiento anteriormente.

-¡Desde luego! ¿Lo duda? Lo he probado todo antes de venir aquí -Mariano se pasea por la habitación-. El proceso se había detenido, parecía resuelto, créame. Pero esta mañana me he quedado en shock cuando me he enfrentado al espejo. ¡No puede ser! Si hubiese visto usted mi almohada... No es justo. ¡He invertido tanto en este maldito problema...!

-No voy a mentirle, su situación es irreversible. Los tratamientos médicos no son milagrosos, ya lo sabe usted. Yo...

-Doctor, no he venido hasta aquí para

llevarme un no por respuesta. No me sermonee, que no tengo humor. Necesito que usted me devuelva lo que he perdido. -Mariano saca el talonario, dice-: Estoy dispuesto a pagarle lo que me pida.

-Mire usted, ya no aceptamos esa forma de pago. Es engorrosa y poco fiable. Además, obliga a facturar y eso no me interesa, tampoco la VISA -contesta el médico, echando el respaldo de la butaca hacia atrás-. Preferimos cobrar en efectivo.

-Pero... ¡tengo dinero contante y sonante! No es un problema la forma de pago. ¡Estoy dispuesto a pagar lo que sea...! ¿Quiere bonos del Estado o...?

-¡Uf, qué terco es usted! Pero, ¿es que no se da cuenta de que no tiene una solución natural? -el doctor abre una gaveta y saca una tarjeta-. Tome, diríjase a esta dirección. Allí podrán ayudarlo. Ah, y dígame que va de mi parte para que le apliquen la cortesía.

Mariano lee la tarjeta y siente cómo un

Raúl Milián: Flores



calor infernal recorre su cuerpo. El hombre se levanta del asiento y hace trizas la cartulina.

Fuera de sí, grita:

-Pero ¿qué diablos le pasa? ¿Está riéndose de mí?

-No, señor. Pero es que... ¿cómo decirlo? Usted tiene, usted tiene... ¡una gran calva! - contesta el médico sacando otra tarjeta de presentación de la misma tienda. -Tome, no sea tozudo. Créame que es lo mejor, hágame caso -el especialista en alopecia coloca la dirección en el bolsillo de la camisa de Mariano.

-¡Oh, Dios, qué falta de seriedad!

-¡Por favor, comprenda, no es bueno imaginar lo que no se puede alcanzar!

Las calles siguen sin transeúntes, los árboles se mantienen mudos y el sol continúa sin dar tregua al pavimento. Mariano anda como un autómata. Atrás va dejando casas, parques, andamiajes, escaleras, oficinas, jardincillos, rejas, muros... Mariano tiene las mandíbulas a punto de estallar. En el bolsillo lleva las señas de un comercio: "Casa Linares. Pelucas y postizos de pelo natural".

LOS OJOS DE LA GALLINA

I

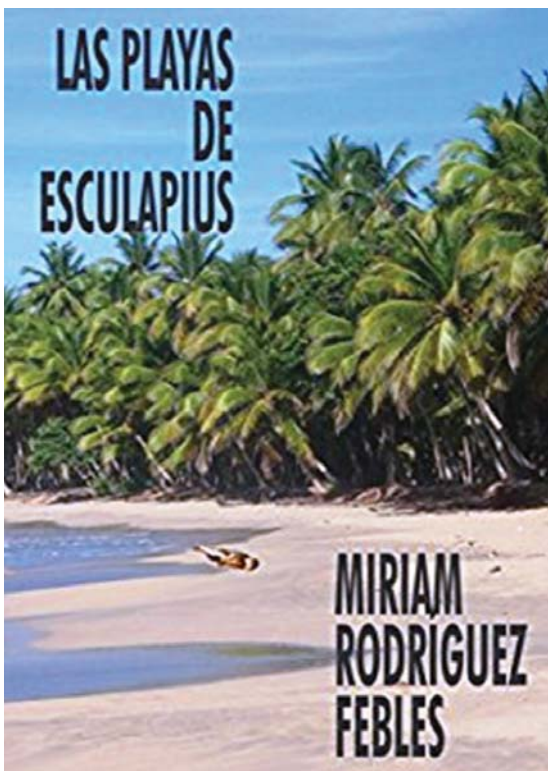
Sentada en el viejo taburete de la cocina, y acompañada por la gallina, Matilda mueve el matamoscas tercamente. En el cristal de la ventana, donde se refleja la huerta, el abejorro intenta verse. La tierra, arada y sembrada por ella dos semanas antes, comienza a mostrar sus tallos verdes.

Dentro de pocas horas el taxi pasará a recogerla. Pero no puede marchar sin antes solucionar el problema que tiene con la gallina. No quiere dejarla atrás. Eso ni pensarlo. Ha sido su única compañía. La única vida que ha permitido que respire junto a la suya, su confidente muda, su sombra.

La gallina esa mañana da a sus ojos un movimiento loco. Está sobre la encimera y observa junto con la dueña el huerto y el abejorro. La gallina, que tiene mucha experiencia en huir de los zorros, intuye la

Miriam Rodríguez Febles

Las Playas de Esculapius



En la década del setenta un grupo de jóvenes marchan a estudiar medicina a una isla caribeña. Allí sufren diversas vicisitudes: terremotos, huracanes, epidemias y el descubrimiento sorpresivo, en una playa, del cadáver, de una bella joven conocida. Al misterio y al drama se une una historia de amor no correspondido, en un fondo histórico y social donde salen a relucir la Guerra de Vietnam, el paso de varios presidentes norteamericanos, la captura y muerte del Che Guevara y el éxodo del Mariel. Mariana, Lula y Néstor, tres jóvenes estudiantes de medicina, nos adentran en la trama, dejándonos de paso preciosas perlas científicas sobre forense médica e investigación clínica.

Una novela inolvidable, llena de misterio, drama y cubanía, en medio de un ambiente único.

A LA VENTA EN AMAZON



José Mijares: Mujer con flor, 1968

televisión, tanta vida yendo y viniendo por los noticieros y los culebrones, tanta en los programas del corazón...”, pensaba, y el balancín que la mecía se disparaba, cogiendo velocidad, como si quisiera salir por la puerta o traspasar la ventana camino de...

II

El sauce le avisa que el viento se ha animado. Matilda mira el reloj y se levanta. La gallina salta. La dueña la atrapa. Huye el abejorro, y las tomateras, los cogollitos de las lechugas y las habichuelas se van alejando de las pupilas de la gallina.

Hora de marchar. Hora de emprender una nueva vida llena de bullicio y compañía. El traje seleccionado para la nueva andadura es de color escarlata, como el carmín que viste sus labios y la cresta de su gallina.

Matilda cierra la puerta y tira la llave al pozo. El taxi ha llegado. Matilda sólo lleva como equipaje de mano un ánfora de cristal donde viajan, heridos y vigilantes, los agradecidos ojos de su gallina.

desgracia que se le avecina.

Matilda no se casó, no tuvo amores, porque los pretendientes que la cortejaron eran más jóvenes. Matilda, fiel a sus rancias costumbres, nunca cedió a la opción de un matrimonio que, según sus pensamientos, con el pasar de los años y por comparación, harían más evidentes sus arrugas, su curvatura y su falta de frescura. Tercamente respondía: “Aceptarlo sería un deshonor”.

El tiempo fue pasando y los aspirantes al edén de Matilda, resignados, buscaron destinos más receptivos a sus suspiros. Y se quedó sola, llorando su necesidad, aguijoneando su melena con las horquillas, viendo cómo sus bellas manos, acostumbradas a regalar desplantes, se agarrotaban y cómo su carnosa boca en higo seco se transformaba. Los dientes fueron cayendo en un ajuste de cuentas entre Matilda y su lengua encarcelada.

“Hay tanta gente en la

LAS MODISTAS DE LA CALLE CUBA

Nené fue una costurera del montón que pasó una gran parte de su vida soñando con trabajar para los talleres de alta costura de una boutique.

Nené cosía siempre las mismas telas con el mismo patrón, confeccionaba y arreglaba uniformes militares.

Vivía sola en un pequeño apartamento de la Habana Vieja. El piso tenía un ventanal muy grande que jamás cerraba, por él entraban el polvo y los agentes del mar encargados de herrumbrar las bisagras.

Pero por el ventanal también se colaban todas las lunas, todas las estrellas, todos los rayitos de sol, los bisbiseos abandonados en las aceras y las polillas que danzaban alrededor de la bombilla que colgaba del cable de su salón.

Nené cosía como una autómatas. Con cadencia continua movía los pedales de la vieja Singer con sus pies hinchados. Cuando la conocí tenía el ceño fruncido y la boca aprisionada por las arrugas. Cuando la traté ya no soñaba, tenía el semblante que muestra un alma resignada. Cosía a toda hora, simplemente cumplía con su cuota de uniformes. Nené no tenía nudos que deshacer.

El caquí no es como la seda centelleante, no tiene ese fru fru del tafetán, esa elegancia del lino, la caída de la gasa o la suavidad del algodón egipcio. El caquí es una tela resistente y ordinaria. Y los patrones militares no permiten innovaciones. En cuanto a incrustaciones de bisutería -lentejuelas, perlas, puntillas, piedrecitas...-, los uniformes sólo toleran botones, cremalleras y galardones.

Hace un par de días las campanas han tocado a duelo. El apartamento de Nené está cerrado. En la jaula, que antaño colgaba de una de las molduras del ventanal, no hay periquitos y las polillas yacen sobre patrones y retales olvidados en la mesa de madera de frutal.

Nené ha donado, por imposición legal, sus

escasos bienes al estado. Pero no todo interesa. Hay una silla vieja forrada de yute que es rechazada por un funcionario. Parece sucia, está muy gastada. “Ese mueble es para Cachita, la chica que la ayudaba”, aclara el notario, que envía a un ayudante en busca de la muchacha.

Cachita entra en escena. Cachita se lleva la silla donde trabajaba Nené. Cachita sí sueña. Es joven. Cachita, mientras cortaba yute en la casa-taller de su compañera, se imaginaba clavando agujas en chinchillas y visones. Cachita es más adicta a las pieles que a los paños.

Cachita, con silla y tijeras, se puso a fantasear, sublimando las noticias transmitidas por Radio Martí. Durante un breve período de tiempo, Cachita confeccionó guantes de cabritilla con el pensamiento. Cachita los veía expuestos en los escaparates de moda de Nueva York y París.

Pero donde Nené había puesto su punto y final Cachita marcaba su punto de partida. Cachita fue contratada por el Ministerio de Defensa para cubrir la vacante que Nené dejaba.

Hoy he pasado por debajo del balcón del piso de Cachita, cuelga de un gancho una jaula donde se mecen, histéricos, un par de periquitos ansiosos de libertad.

GABRIELA DÍAZ GRONLIER, escritora cubana residente en Madrid, España, dice de ella: “Soy escritora independiente. Soy alérgica a los concursos literarios y cultivo palabras en mi blog www.elcopoylarueca.com”. Gabriela es hija del poeta y escritor Manuel Díaz Martínez.



Ilustran este número

JOSÉ MIJARES

Nació en La Habana, Cuba, en 1921 y murió en Miami, Florida, en 2004. José María Mijares asistió a la Academia San Alejandro de Arte en La Habana (desde 1936) donde tuvo profesores de la talla de Romañach, Menocal, Valderrama, Ramón Loy y Caravia. El propio Mijares acreditaba al pintor Fidelio Ponce, también su profesor, como uno de los que más lo influenció, y ayudó a desarrollar su propio estilo. Aunque no fue hasta tarde en su vida que logró ser reconocido como uno de los pintores cubanos más importantes de finales del siglo XX.

En 1947 expuso por primera vez en Cuba, en el Lyceum Lawn Tennis Club con una interesante colección de acuarelas. Más tarde obtuvo el Premio Nacional de Pintura y Esculturas en el IV Salón Nacional de Pintura, Grabado y Escultura, lo que le abrió las puertas en su carrera. “Vida en un Interior”, uno de sus más conocidas obras es una muestra importante de su expresivo estilo, que lo distingue al mismo tiempo con la versatilidad de sus recursos plásticos.

Salió de Cuba en 1968 y se radicó en Miami, y a partir de entonces su estilo geométrico cambió y manejó diversos tópicos. Mijares fue un prolífico pintor, incluso en sus años finales, trabajando seis horas al día, desde el amanecer.

La Universidad de la Florida le otorgó en diciembre de 2001 un doctorado en Arte. En 2002 abrió su propia galería, Mijares Gallery, en Coral Gables, donde exhibía su obra. Sus amigos lo recuerdan como un gran amante de los perros. Sin duda, uno de los grandes artistas cubanos no sólo del exilio sino de Cuba y Latinoamérica.

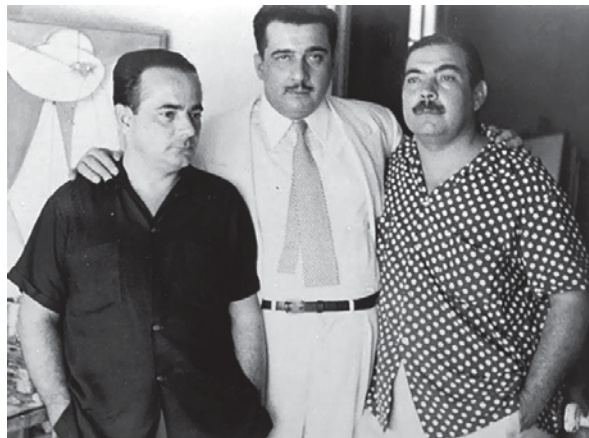
José Mijares, Cabeza y pájaro, 1979



□ □

RAÚL MILIÁN

Raúl Milián, Lezama Lima y René Portocarrero



Nació en La Habana, Cuba, en 1914. Fue un pintor autodidacta, que sin embargo apareció en las bienales de Venecia y Sao Paulo, así como en la Universidad de Vermont (1953), Universidad de La Habana (1955), y Toronto (1956). Viajó a través de toda Europa y Estados Unidos, y sus pinturas pueden ser vistas en colecciones permanentes en el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana, Museo de Arte Moderno (Sao Paulo), Museo de Arte Moderno (Río de Janeiro), Museo de Bellas Artes (Buenos Aires), Museo de Arte Moderno (New York), Galería Nacional de Canadá (Ottawa), y de Fine Arts, de Houston. Su obra refleja el mundo torturado de un artista, para quien no parecían existir los colores, sino las sombras, los claroscuros del paisaje abstracto.

NOTA: Gracias a Cernuda Art, de Coral Gables, por permitimos usar las obras de José Mijares y Raúl Milián para ilustrar este número de Linden Lane Magazine.

CARLOS MANUEL TARACIDO

(La Habana, 1943)

Poeta, escritor, profesor y pintor autodidacta, autor de *Rimas del alma* (poemas), *Antología de la poesía en Cuba: 1800-1959*, *José Angel Buesa, sus mejores*

poesías, entre otros. Su libro de poemas *Rimas del alma*, publicado por Editorial Betania en España en 2017, está ilustrado con sus pinturas y fotos.



CM Taracido: Fertilidad, 2016

Vladimir HERNÁNDEZ

HABANA RÉQUIEM

(Fragmento)

—Es una prótesis —dijo Bruno por teléfono, refiriéndose a la pieza que Eddy le había dejado en Rastros y Materiales.

Eddy, caminando descalzo por el pasillo de baldosas, fue hasta el salón de su casa. En penumbras, recostó la frente contra el cristal de la ventana y contempló la iluminada calle 17. Eran las diez de la noche.

—¿Una prótesis de qué? —preguntó.

—Dental. La parte larga y afilada es un colmillo.

—Será para tiburones —dijo Eddy atónito—. ¿Te estás burlando?

—Confía en mí —terció Bruno—; es un trozo de prótesis dental. Muy Hi-Tech. Óxido de zirconio con revestimiento de cerámica sinterizada y la superficie externa esmaltada. Es un material de importación. Y es

caro. La persona que lo adquirió tenía billete.

—¿Pudiste hacer las comparaciones de micrografía?

Escuchó que Bruno soltaba el aire de golpe.

—Eddy —dijo con voz cansada—, ¿en qué mundo de perfección burocrática tú vives? Ni me han traído el cadáver de la morgue, ni se ha autorizado el procedimiento. Es domingo, ¿recuerdas? Además, con el tiempo que ha pasado, yo no creo que las micros vayan a ayudarte mucho.

El calor agobiaba a Eddy. El salón cerrado era como un invernadero.

—¿Encontraste alguna huella al menos? —preguntó abriendo las ventanas.

—Nada útil. Lo siento.

—Pero... esa cerámica, ¿serviría para cortar un cuello limpiamente?

Raúl Milián: Confusión, 1960



—Mejor que un bisturí de acero —admitió Bruno—. El principio de su confección es similar al de las navajas de cerámica. Se afilan mediante discos de diamante.

—Sin embargo, no es un cuchillo.

—No —repitió el otro con paciencia—. Es una prótesis dental.

Eddy se masajeó la barbilla.

—Y está rota.

—Sí, seguramente formó parte de un armazón flexible semicurvo con otro colmillo a juego. La parte posterior se pega en las encías y la dentadura. Por supuesto, los colmillos son tan largos que sobresalen de la boca aunque esté cerrada, pero supongo que esa es la intención.

—No jodas, Bruno. ¿Qué función tendría una prótesis así?

—Estética. Lo estuve pensando y me dije: ¿y si en la escuela de cine de San Antonio de los Baños hay algún realizador filmando una película de terror? Cabía la posibilidad de que ese artículo viniera de allí, así que se me ocurrió llamar y preguntarles. Me aseguraron que ellos no tienen nada parecido a eso. El atrezo de plástico barato les sirve igual; la magia de Méliès.

Abajo, por la 17, pasaron rugiendo dos almdrones tuneados —un Chevrolet y un Cadillac de Ville de los años 50— echando una carrera en dirección al Nacional. Si el semáforo del cruce con avenida de los Presidentes estaba apagado alguien iba a perder la

vida.

—¿Eddy? ¿Te quedaste dormido?

—Estoy pensando y el calor no me deja.

—Tómame una cerveza y vete al cine a coger aire acondicionado.

—No puedo darme ese lujo —replicó Eddy—. Tengo a un par de atravesados de la brigada de Antidrogas metiéndome ruido en el caso. Necesito saber quién tiene dinero y es lo suficientemente extravagante para andar por La Habana exhibiendo unos colmillos postizos de ese tamaño.

—Tribus urbanas —dijo Bruno.

—No te sigo, mi socio.

—Tú vives en el Vedado, ¿no?

—Sí.

—Entonces las tienes cerca. Sal a la calle y busca entre las tribus urbanas.

* * *

El Vedado.

Burbuja. Brisa. ADN urbanita, ecléctico, recombinante.

Veredas, mansiones, colinas suaves de cara al mar. Rascacielos, torres de propiedad horizontal, penthouses, hoteles de lujo, skyline de hormigón recortado contra un poniente de resplandores áureos.

El Vedado inflama amores, envidias y odios; es la joya financiera del país, el pulso cultural de la ciudad; es asombro del turista, meca del peregrino provinciano y recuerdo decadente de un racionalismo relumbrón.

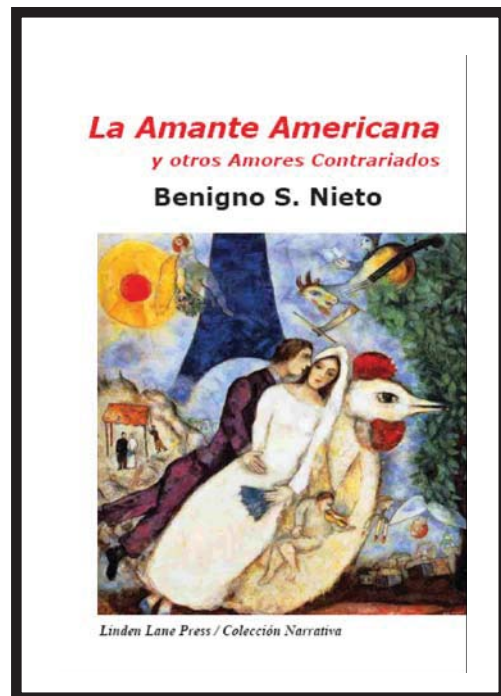
Vladimir Hernández con su libro



Aquí los sueños de prosperidad flotan en el aire y sobreviven a los cambios y caprichos estatales, reinventándose a sí mismos. En la noche voluptuosa del Vedado los cabarés, discotecas y clubes nocturnos ganan terreno, los vientos ideológicos se alejan de la Plaza, y las subculturas emergentes se convierten en tribus urbanas.

VLADIMIR HERNÁNDEZ (Cuba, 1966) publicó a finales de los 90 relatos y libros relacionados con el género fantástico en Cuba. En el 2000 viajó (con motivo de un premio) a España y fijó su residencia en Barcelona. Escribe novelas sobre la realidad cubana (en *clave noir*, de lectura social) y ha publicado *Indómito* (Premio Internacional de Novela Negra LH Confidencial 2016), *Habana réquiem* y *Habana Sky-line* con la editorial HarperCollins Ibérica. “Me interesa muchísimo, dice, la fabulación, la reflexión sobre el sui generis contexto social cubano actual y los arquetipos narrativos de los géneros literarios, y la novela negra me parece idónea para estos objetivos”. *Habana réquiem*, ha sido recientemente editada también en Estados Unidos por la editorial HarperCollins Español.

Linden Lane Press



A la venta en Amazon

ESTANCIA EN LOS SENTIDOS

(Obra poética
reunida)

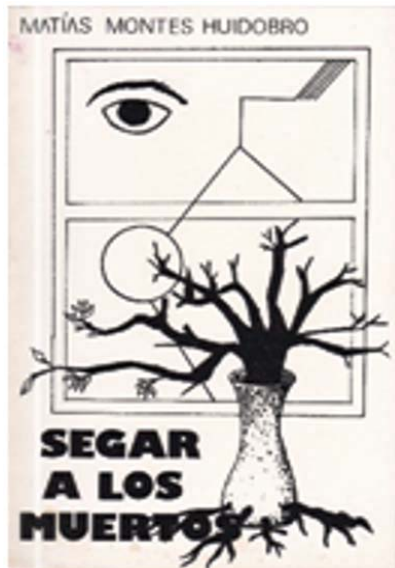
VICENTE
ECHERRI

VICENTE
ECHERRI

ESTANCIA EN LOS SENTIDOS

A la venta en Amazon

MATÍAS MONTES HUIDOBRO



NOVELAS



DE VENTA EN AMAZON

CONTACTO:

mmhuidobro@aol.com



Manuel SOSA

RETRATO DE CRÍTICO CON ESPEJO ROTO

Ahora se arrebujaba con la manta y su libro, colmado de sí, en el mismo sillón donde leyó y releyó lo que debía y no; y sorbe la tisana que humea sobre sus posesiones: cuadernos y tomos apilados que alguna vez fueron garabateados sin compasión. Las paredes muestran un par de acuarelas de (pintadas por) amigos muertos, un óleo heredado y el espejo roto que ya no consulta. “Saldo”, los biógrafos le llamarán a esto. También “fruto de una larga labor”, y todo terminará apilado en otra parte, ni siquiera como inventario o despojos, porque es el tipo de cosas que se dispersa sin que haya retribución o pérdida.

Pero todavía puede rumiar tanta perspicacia, suya y sólo suya, y escudriñar el techo, y no sentirse culpable.

Cierto, hubo una época en que sostuvo la tesis de que la expresividad se expandía y se reducía sin que mediara la voluntad del hombre, y que ello explicaba tanta guerra entre padres e hijos, generación contra generación, y tanto libro contradiciendo al anterior.

De tal modo, y como buen vástago que era, abjuró de quienes le arrimaron la teta didáctica.

Embobecido con el proceso social que le tocó vivir y con la expresión de turno, pidió a quienes le hicieron su apoderado que se abriesen a la masa, que evitasen los endriagos y los broqueles. Les pidió retomar los surcos, las fraguas y las cantimploras. Prologó, antologó, premió, justificó.

Cuando fue necesario, usó las palabras “oscuro” y “hermético” en sus diatribas.

Consumida la ración de efervescencia, su ceño fue enturbiándose con otro tipo de severidad y hubo de celebrar los nuevos giros, el rompimiento con las formas tradicionales, la búsqueda formal, la riqueza lexical. Su cólera iba contra la llaneza, el panfleto, el sentimentalismo. Vinieron nuevos prólogos, nuevas antologías, nuevos premios, nuevas justificaciones. Tuvo la suerte de acuñar los neologismos que hicieron falta, y que

prendieron con toda naturalidad en el número creciente de reseñistas que iba surgiendo.

Y así entonces: “Poesía colmada de vivencias, cuidado formal y de singular calidad, un ejemplo altamente atendible dentro del panorama de la lírica actual...”

Para suerte suya, fue por aquí que el arte y la literatura comenzaron a ser medidos y enjuiciados de otras maneras. Grandes corrientes comenzaron a inundarlo todo, y lo que antes fueran un texto o una pieza, cobraron otra dimensión que nadie habría podido entrever sin contar con el instrumental necesario.

Tras un periodo en que tuvo que adaptar sus

Raúl Milián: Ímpetu, 1953



enfoques obsoletos a esos otros que seguían desgranándose incesantemente, y habiendo actualizado sus lecturas y metodologías, se sintió lúcido por primera vez y descubrió que la razón primordial de su oficio nunca había sido buscar especificidades, sino hacer generalizaciones. Podía enjuiciar y absolver sin tener que usar nombres. Podía incluso darse el lujo de no tener un estilo.

Sí, también estaban esos libros que no solicitaba y le llegaban en busca de un elogio sincero, pero su repertorio de términos había crecido, ¿y quién no iba a someterse a palabras tan convincentes como “desterritorialización” y “recontextualizado”? Para precaver, y no ser tildado de flexible, a cada rato apuntaba al horizonte y repetía que ya nada era original ni creíble, cuidándose de no ofrecer ejemplos.

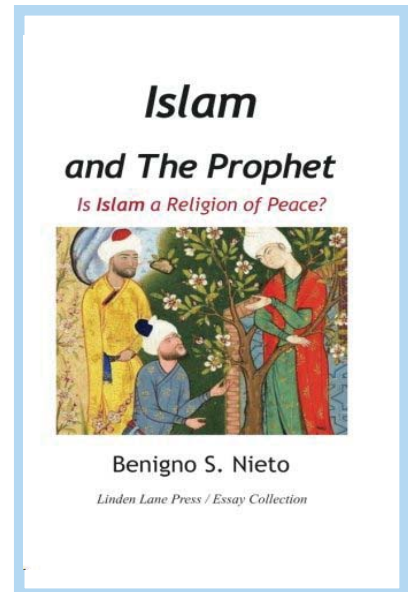
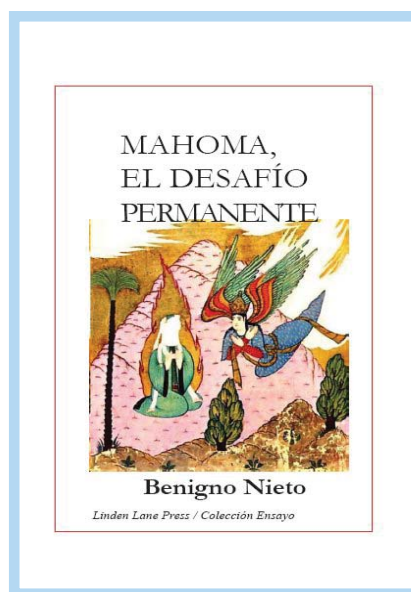
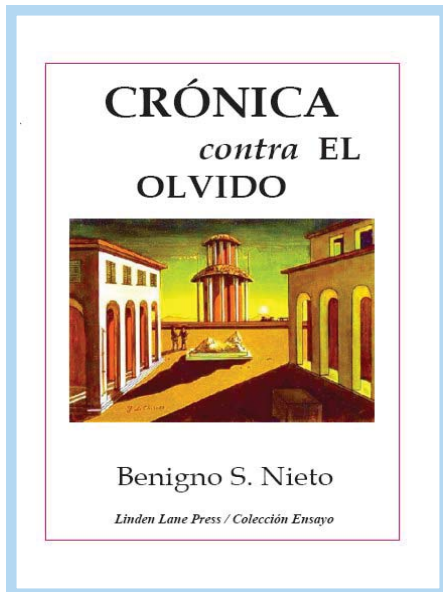
Ahora se siente libre de prejuicios, y ya no le importa si quien escribe es un jovencuelo bocón o un octogenario empalagoso. Sabe que hay una línea que traspasa la expresión, y viene siendo lo

mismo en unos y otros. Y que no sirve de nada.

Queda una gota de luz en el aposento. Casi dormido, se rasca una nalga y farfulla algo que pudiera ser temible o piadoso, pero que no se recoge con el ruido del libraco que cae de su regazo al piso de madera. Manto piadoso, dicen. Espejo roto, agrega su enemigo oculto, el que nunca lo absolverá.

MANUEL SOSA (Meneses, Las Villas, 1967). Poeta y ensayista. Ha publicado: *Utopías del Reino* (Premio David de Poesía, Premio Nacional de la Crítica, 1992); *Saga del tiempo inasible* (Premio Pinos Nuevos, poesía, 1995); *Canon* (poesía, 2000); *Todo eco fue voz* (antología personal, 2007); *Una doctrina de la invisibilidad* (poesía, 2008), *Contra Gentiles* (ensayos, 2011), *Arte de horadar* (ensayos, 2017), *Sanskrit* (poesía, 2017) y *Retrato de crítico con espejo roto* (2018). Actualmente reside en Scottdale, Georgia, USA.

LIBROS DE BENIGNO NIETO EN LINDEN LANE PRESS



* A la venta en AMAZON

J.A. ALBERTINI

El estertor de la memoria

*Al recuerdo de Pablo Pastrana Bencomo,
un cubano desterrado que no conocí el cual,
aferrando su vieja maleta de isla extraviada,
murió en las vías de un tren, cargado de
nostalgia y desmemoria tentadora.*

—Papá, el café del mediodía ¡dulcecito!, como siempre te ha gustado —la hija, esposa, madre y abuela, le dijo al anciano de sonrisa incierta y mirada hacia atrás.

El viejo con mano temblorosa tomó la tacita blanca, imitación a porcelana, y paladeó el café que, en jarro de peltre abollado, por años, la compañera de vida, después del almuerzo diario, le ofrecía, recién colado en manga de tela, ennegrecida por las borras continuas, antes de volver al trabajo. Un hilillo de café se le escurrió por la comisura de los labios hundidos que protegían las encías desdentadas.

—¡Cuidado papá! acabo de ponerte ropa limpia —la hija advirtió y con un paño retiró el rastro de bebida oscura que se obstinaba en los surcos de la barbilla.

El olor y sabor del café, junto al alarido del tren matutino y vespertino que cruzaba, sin hacer parada, cerca del ingenio, siempre se la traía de vuelta. Fue un matrimonio de más de medio siglo. Se conocieron un 25 de diciembre, en el baile de Navidad anual que el dueño del ingenio y familia les obsequiaba, al inicio de cada zafra azucarera, como estímulo y reconocimiento, a los obreros. Aquella tarde, aunque no llovió fue fría y nublada. Ella era nueva en el batey. Había sido contratada como maestra de primaria para la escuelita, con vivienda contigua, que los vecinos, la patronal y el sindicato habían construido. Y ahora, en su primera actividad social, los congregados en el salón de fiestas comunal, se deshacían en atenciones.

La invitó a bailar y el aroma a melaza, envuelto en humo de molienda que la torre del central escupía, signó la relación que dio cuatro hijos. Una hembra y tres varones.

—Papá, mañana es Navidad —la hija señaló. —Mamá, que en paz descanse, y tú se casaron en igual fecha. —En verdad no quiero decir el año. Eso me haría sentir más vieja de lo que soy —bromeó, pero el anciano no articuló palabras ni varió la expresión infantil y bobalicona que engulló las facciones de antaño. Ajeno al entorno real, solo muy de tarde en tarde y casi siempre bajo el influjo del sabor del café repetía: *El buldócer necesita petróleo; tengo que ir al ingenio...*

Entre ellos, en aquel memorable baile de navidad, se estableció una corriente de simpatía. Ambos provenían de la capital provincial y en busca de oportunidades de trabajo, jóvenes, solteros y sin compromisos, habían recalado en el central azucarero. Él, mecánico y conocedor de equipos pesados, desde dos años antes, operaba un viejo buldócer de orugas, *Caterpillar, modelo D4*,

que a su llegada permanecía descompuesto y abandonado. Contra todos los pronósticos, con una inversión muy por debajo de lo calculado, puso la máquina a funcionar y, desde entonces, caminos y guardarrayas de acceso al batey se mantuvieron en condiciones óptimas. También, gracias a su pericia en los mandos del tractor, tareas de demolición, movimientos de tierras y construcciones se hicieron más fáciles.

El amor los ensartó a inicios del año nuevo; domingo 6 de enero, día de los Santos Reyes Magos. Sucedió en la fiesta infantil y rifa de juguetes, luego de concluida la misa mañanera, oficiada por el encanecido sacerdote franciscano que una vez por semana y en fechas señaladas, de la ciudad cercana, viajaba al ingenio para atender, en la iglesia pequeña y de madera, los requerimientos de la feligresía.

Ella, junto al cura español que enfatizaba las z, había terminado de extraer el último número ganador. El salón rebozaba júbilo de chicos y mayores.

—Hoy es Nochebuena, pero tú y yo vamos a pasarla solos. Cada cual está en lo suyo y con los suyos. Para cenar estoy asando un pedazo de carne de puerco. En un ratico te afeitó para que mañana estés bonito —la hija lo halagó y maternal le pasó la mano por la cabeza de cabellos ralos y blancos. —El fiestón del 25 será en Miami, en casa de mi hermano; tu hijo menor. Toda la familia estará. ¡Ya tienes tres biznietos! —pero el viejo no escuchaba.

Se le declaró en el momento de más bullicio, cuando los menores destrozaban la gran piñata de cartón; colores variados y forma de camello. El estallido de varios globos hizo que él tuviese que repetir el pedido. A ella el rostro se le arreboló un poco pero no

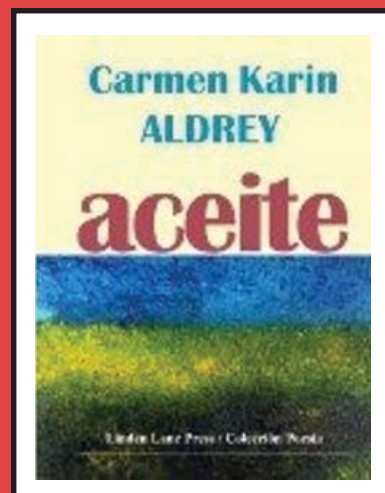
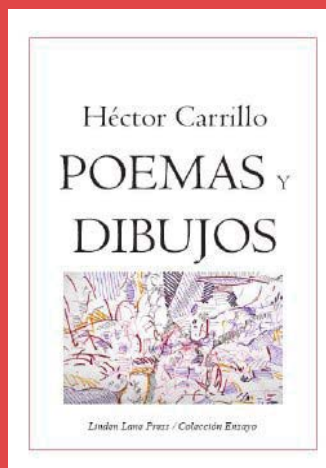
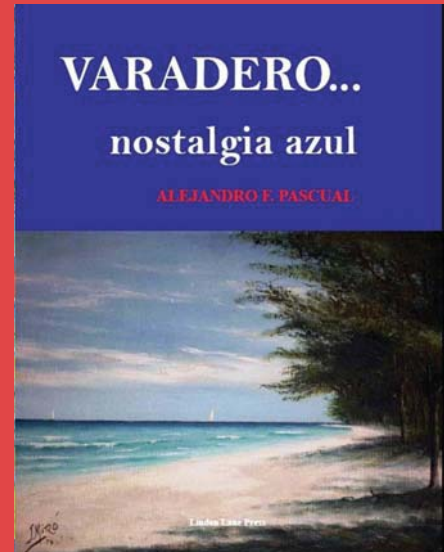
José Mijares: Puerto en brumas, 1948.



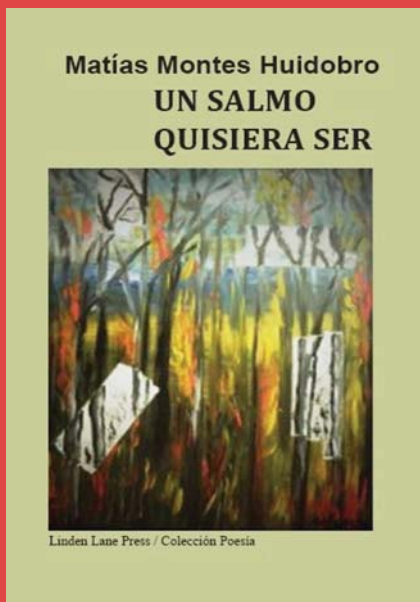
LINDEN LANE

PRESS

Publicando
autores cubanos
desde 1984



Linden Lane Press
P.O Box 101582
FORT WORTH, TX
7 6185-1582



dejó traslucir otras emociones. Lo miró fijo; a los ojos y despacio respondió: *Debo pensarlo*.

El domingo siguiente, a la salida de misa, bajo el jagüey frondoso que crecía a un costado de la iglesita, ella le dio el sí. La mañana de enero era fresca; el sol deslumbraba y la brisa que descendía del follaje del árbol batía la cabellera femenina y se encaprichaba en la falda azul celeste. Él sintió un salto interno y nervioso, incapaz de articular palabras, le tomó las manos que oprimió con tanta emoción que ella profirió un lamento ahogado. Al instante, aflojó la presión y compungido inquirió: *¿Te lastimé...? No, bobito. ¡Casi me partes las manos!*, le respondió con ese humor que siempre la caracterizó y que tan buenos resultados rindió en su labor como educadora, esposa y madre de familia.

—Sabes, papá, en estas fechas no se me arranca del pensamiento las festividades; Nochebuena, Navidad, 31 de diciembre, Año Nuevo y Reyes Magos, que pasábamos en el batey del ingenio —aun a sabiendas que el anciano no le prestaba oídos, la hija compartió su nostalgia. —Los frijoles negros de mamá, los buñuelos de malanga y el dulce de cascos de toronja, en almíbar, que hacía y que comíamos con aquel queso blanco y fresco que le comprabas a Narciso, el lechero, todavía me hace la boca agua. ¿Te acuerdas, papá...?

A finales de enero anunciaron el compromiso y planes de boda. Los vecinos del batey jubilados acogieron la noticia. Ella, maestra joven y educada, con todos se daba a querer. Él vital y animoso, además de operar el buldócer del ingenio era conocido, gracias a sus habilidades manuales y disposición a servir, por el mote cariñoso de: *el hombre orquesta*.

A sugerencias de moradores de la comunidad y directivos del ingenio, la vivienda escolar fue autorizada para ser ampliada; acoger a la pareja y a la segura descendencia. Él que, por entonces, vivía en una habitación rentada, contando con su salario y el de la futura esposa, hizo los arreglos pertinentes con la ayuda desinteresada, los fines de semanas y alguno que otro día, de amigos.

Y al año exacto de la declaración de amor, faltando poco para la hora del mediodía del 25 de diciembre, se casaron en la iglesita del batey. Familiares de los contrayentes, venidos de la capital provincial, los dueños del ingenio y la vecindad en pleno, abarrotaron el templo. Los más, imposibilitados por lo reducido del espacio de entrar al recinto, aguardaron en la calle, aunque tampoco fueron pocos los que desde temprano entre tragos de ron, aroma a carne de cerdo asada y música de vitrola, por anticipado celebraban el prometedor enlace matrimonial.

El festejo nupcial, con toque de guitarras, interpretación de décimas campesinas llenas, para los desposados, de buenos augurios, fue tan destacado que por años, hasta que el desastre *trafidista*, entre otras barbaridades, prohibiera las flores de los framboyanes, en el batey, cada Navidad se recordaba el evento, así como la monumental borrachera que, a golpe de licor de anís mezclado con brandy, padeciera el piadoso cura español. La frase: *¡Eh tú! ¡Ponme otro sol y sombra!* con la cual el hombre de Dios había exigido un cóctel tras otro, se convirtió, para los lugareños, en sinónimo de broma.

—Mamá y tú parieron enseguida, o casi enseguida. A los diez meses de casados nació yo —la hija precisó. —No estuvo bien, de parte de ustedes que yo, siendo la única hembra, viniese primero. Mis hermanos debieron haber llegado antes y ser yo la última. Así hubiese sido la más chiquita y consentida de todos —fingió lamentarse y sonrió.

Al nacimiento de la primogénita siguió, con intervalos prudenciales, el de los varones. El tiempo pasaba; los hijos del matrimonio, junto a la chiquillada del batey, fueron creciendo y cada cual encausó su camino. Muchos ex alumnos de la maestra,

de ambos sexos, partieron a otros sitios o ciudades. Otros se sumaron, ocupando diferentes responsabilidades, a la industria azucarera local y formaron familias. Algunos no pararon hasta la universidad. Sin embargo, durante las fiestas decembrinas y de Año Nuevo, todos coincidían en el batey, donde ir a saludar a la maestra y al *hombre orquesta*, era visita obligada. Ella los recibía con el cariño de siempre y no paraba de hacer las recomendaciones que desde niños de sus labios escucharon. Empero, si le presentaban al conyugue desconocido o al retoño reciente, los consejos y observaciones se duplicaban.

—Papá, si te dijera que las Navidades, fin de año o cualquier otra celebración que extraño están ligadas al batey del central y no a la ciudad donde conocí a mi difunto, viví parte importante de la juventud, desarrollé mi profesión y tuve a los jimaguas. ¡Qué va, como el batey no hay dos! —ella, a sabiendas que la mente del anciano navegaba en brumas indescifrables, aireó un rescoldo de nostalgia.

La primogénita, siguiendo los pasos de la madre, estudió magisterio, se estableció en la capital provincial; contrajo matrimonio y parió mellizos. Suceso que coincidió con la toma violenta del poder político en la Isla por *Celso Trafid Zur* y sus seguidores, que honrando el apellido paterno de su líder indiscutible se hacían llamar *trafidistas*.

A poco, la ola arrematadora del *trafidismo*, con rugir de motores, olor a petróleo y pisadas de esteras metálicas, irrumpió en el batey del central arrasando, al paso de la maquinaria pesada, con todo vestigio de vegetación, incluyendo arboledas maderables y frutales. Él, parado junto a su añoso *Caterpillar* fue testigo mudo e impotente de como los palmares circundantes, al resistirse a la embestida de los tractores tradicionales fueron, palma real tras palma real, derribadas por los potentes buldóceres franceses, *Richard Continental, modelo CD-10*, cuyos operadores, colocando verticalmente las cuchillas, golpeaban y empujaban los troncos, hasta que las raíces estallaban en borbotones de tierra ultrajada y las esbeltas y orgullosas palmas, envueltas en estruendo agónico de pencas y desparramo de racimos de palmiche, resultaban inmoladas.

Uno con atributos de jefe se le aproximó y dijo: *Has cuidado bien de este viejo buldócer; pero el progreso no necesita del pasado*. Y al indagar el porqué de tanto destrozo vegetal el funcionario respondió: *Haremos una gran zafra azucarera que romperá los récords anteriores y, para sembrar la caña necesaria, vamos a requerir hasta el último palmo de terreno. El orden y el progreso del trafidismo han llegado al batey de este ingenio. Somos la Brigada de Desmonte e Invasión*, el hombre afirmó y a partir de allí se iniciaron cambios drásticos. A duras penas, gracias a que los vecinos aceptaron un decreto gubernamental que cancelaba, por belleza excesiva, la floración veraniega de los framboyanes, el batey pudo conservar, de manera precaria, los árboles que por décadas habían ofrecido cobijo y colorido.

—No es que me queje de mis años fuera del batey. En mi matrimonio fui muy feliz viviendo en la ciudad. De hecho, allá nacieron mis hijos. Y del exilio, en este gran país, aunque al principio fue duro, tampoco me quejo...pero... ¡Qué va, como el batey no hay dos! —la hija, los ojos arrasados en lágrimas navideñas, exclamó.

Y, entonces, el nuevo orden progresista se empeñó, desgranando palabras con eslabones de consignas y arrastre de cadenas promisorias, en trastocar y revolcar de manera sistemática la existencia apacible de los vecinos del batey. Ella, la maestra, por no ser educadora confiable, fue sustituida y la familia tuvo que desalojar la vivienda escolar. Él, impotente vio como su inseparable buldócer *Caterpillar* resultó, según palabras de un funcionario,

descontinuado; convertido en chatarra y pocas piezas de repuestos que terminaron arrinconadas en polvo de olvido.

Fueron épocas en que, paradójicamente, los que pretendían hacer el cielo terrestre, revivieron y aplicaron leyendas bíblicas como las del fratricidio, las plagas y el personaje que al cantío de un gallo renegó de sus creencias y valores. Y en aquel fragor de esterilidad pegajosa el esposo, a las puertas del cementerio pueblerino, perdió a la compañera de vida. Y por mucho que trató de reencontrarla o recomponerla de nada le sirvió su fama de *hombre orquesta*.

Fueron épocas en que el café matutino y vespertino perdió aroma y paladar. Fueron épocas en que el silbato del tren matutino y vespertino le supo a llanto. Fueron épocas que indigestaron la memoria y la escupieron en tierra ajena.

—Papá, ¿te acuerdas de nuestra llegada a Hialeah? —la hija lo rasura con una maquinilla eléctrica y no para de hablar. Me acuerdo que todavía estabas fuerte y querías buscar trabajo en lo que fuera. Pero...—desconsolada mueve la cabeza —no sé qué pasó que empezaste a cambiar... Y mira ahora como estás que ya no reconoces a nadie y ni la boca quieres abrir—desfogó un sollozo, pero al momento se animó. —¡Qué buen mozo has quedado!, y eso que me falta peinarlo.

La infecundidad floral de los framboyanes, el paisaje sin palmas reales, el desmadre que amargó el azúcar del ingenio y opacó el sol del batey, lo llevaron, junto al resto de la familia, a emigrar. En el destierro, de muchas maneras, trató de rehacer su vida laboral, pero los años pasaron y de *hombre orquesta*, pisada a pisada, devino en anciano dependiente.

Paulatinamente, sus días se fueron limitando al butacón reclinable. La memoria desdibujó el presente; cristalizó en el batey del ingenio y prescindió del lenguaje. Las palabras quedaron en el olor a melaza, el jagüey del sí y la figura de la esposa, extraviada en el camposanto. También, en el café recién colado, los hijos pequeños, el estallido rojo de los framboyanes; pitazos de tren, tañido de guitarras y cantores guajiros; la borrachera del cura, el traqueteo de su buldócer y las risas felices... felices risas...

La hija humedeció, en colonia infantil, las greñas mansas y con un peine pequeño las alisó.

—Hoy no comerás en el butacón. Es Nochebuena y nos sentaremos a la mesa. Para evitar embarres al cuello te amarro una servilleta grande. Pero, bueno, si te embarraras, no importa: hoy es Nochebuena. Papá, ¡qué buena me ha quedado la yuca!... ¡blandita, blandita! Y de los frijoles negros... ¡ni te cuento!

La hija, concluida la cena, lo desvistió. Limpió la cara

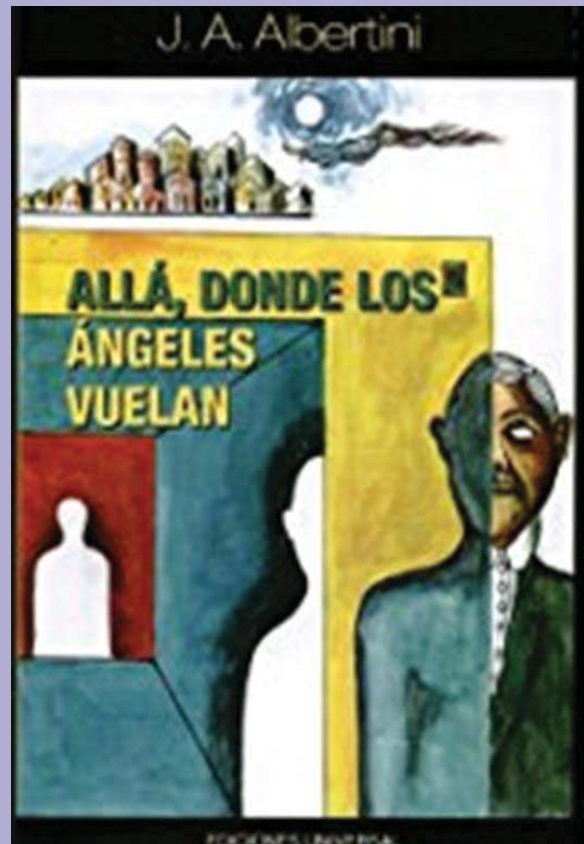
j.a. albertini

Siempre en el entonces

J. A. Albertini



SIEMPRE EN EL ENTONCES
Dos noveletas y ocho cuentos



Hannelore Hahn, destacada profesora y especialista en literatura hispanoamericana señala que *“las obras de J.A. Albertini no son retratos de ilusiones sino mensajes de esperanza idealista...”*

A la venta en Amazon

hendida de restos de comida y enjuagó la boca de suavidad infantil. Luego, lo atavió con un pijama a cuadros blancos, azules y rojos. Auxiliado por las manos protectoras llegó al dormitorio pequeño y se tendió en la cama estrecha.

—Que duermas bien. Recuerda que mañana tenemos fiesta. Es Navidad y aniversario de bodas. Desde mi cuarto estaré pendiente de ti. —Lo miró con arroyo triste y apagó la luz.

Acostado, boca arriba, en la oscuridad de la habitación, escuchó la sirena del central, olfateó la melaza y entendió que era hora de ir a trabajar: *El buldócer necesita petróleo; tengo que ir al ingenio...* Además, era el día de su boda. Con la agilidad de *hombre orquesta* se lanzó del lecho.

De la cocina le llegó el trajinar de la esposa, envuelto en aroma de café. Se vistió con la habitual ropa de trabajo; calzó las botas rústicas y cubrió la cabeza con la manoseada gorra del cienfueguero equipo de pelota. Nunca fue del Almandares, Habana o Marianao. No era hombre de cambios o fanatismos de última hora. Fue hasta el clóset y recuperó la maleta modesta, color azul, con la que había llegado a Hialeah y que guardaba la poca ropa que de la Isla trajo.

En la cocina, junto a la esposa, saboreó el primer café del día. Era temprano y los niños aún dormían. El pitazo del tren matutino lo alertó. Desayunó apurado. La besó en la frente y salió al agradable amanecer de diciembre: el día de su boda.

El llamado del tren se aproximaba. Apuró el paso y

atravesó el batey: *El buldócer necesita petróleo; tengo que ir al ingenio...* Caminó más aprisa y el fragor cercano de la locomotora que, con fricción metálica, engullía rieles y tiraba de los vagones le hizo comprender que para llegar al batey debía subir al tren. Se detuvo en medio de los rieles nocturnos de Hialeah. Con los brazos, por encima de la cabeza, levantó la maleta. La luz lo encegueció; la maleta azul escapó de sus manos, se abrió y al aire de luna desparramó, junto con sus zapatillas plásticas, la poca ropa que de la Isla había traído... Nada importaba; ya estaba en el tren del regreso. El batey se acercaba y pronto, desde las ventanillas del vagón, vería el follaje de los framboyanes. No, no llegaría tarde. Era Navidad; 25 de diciembre... el día de su boda.

J. A. ALBERTINI (José Antonio). (Santa Clara, Cuba, 1944), ha publicado: *Tierra de extraños, A orillas del paraíso, Cuando la sangre mancha, El entierro del enterrador, Allá, donde los ángeles vuelan, Un día de viento y Siempre en el entonces: Dos noveletas y ocho cuentos*. (al que pertenece este relato). También, libros de entrevistas y testimonios.

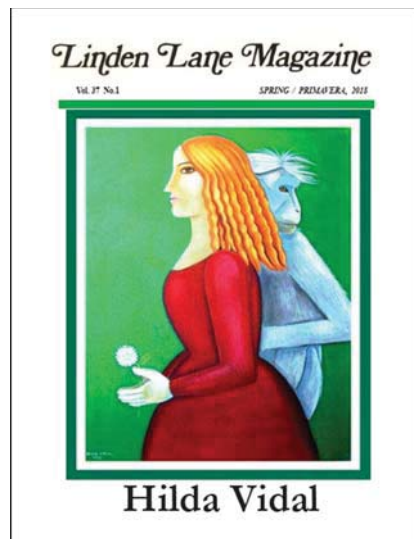
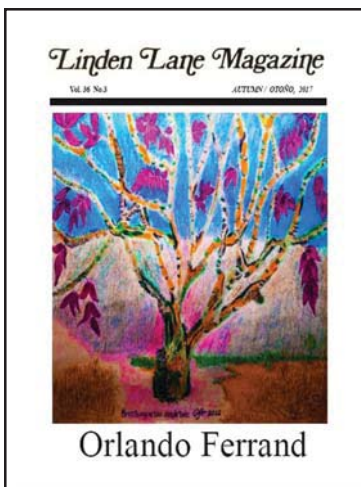
Durante once años trabajó en la emisora Radio Martí y en la actualidad conduce un programa televisivo, “Cuba y su historia”, en el Canal 17 de Miami. Preside el PEN CLUB de Escritores Cubanos en el Exilio, y es director del Instituto de la Memoria Histórica Cubana contra el Totalitarismo. Reside en Miami desde hace más de treinta años

Subscríbase

Linden Lane Magazine

lindenlanemag@aol.com

Cuatro números al año



P.O. Box 101582
Fort Worth, TX 76185-1582



It is not the critic who counts; not the man who points out how the strong man stumbles, or where the doer of deeds could have done them better. The credit belongs to the man who is actually in the arena, whose face is married by dust and sweat and blood; who does strives valiantly; who errs, who comes short again and again, because there is not effort without error and shortcoming; but who does actually strive to do the deeds; who knows great enthusiasms, the great devotions; who spends himself in a worthy cause; who at the best knows in the end the triumph of high achievement, and who at the worst, if he fails, at least fails while daring greatly, so that his place shall never be with those cold and timid souls who neither know victory not defeat.



Reserve though the following appointed Tobacconist: Cigaragua, Amsterdam. Contact: 31 20 773 5302 / Prime Cigar, Boca Raton. Contact: (561) 613-6130 / Lonewolf Cigars, Los Angeles. Contact : (310) 458-8000 / Silver Leaf Cigar Bar, Fort Worth. Contact (817) 887-9535 / Cigar Cellar, Miami. Contact (305) 381- 0458 / Two Guys Smokeshop, New Hampshire. Contact: (603) 898-2221.